



UNIVERSIDAD DE CUENCA

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación
Carrera de Filosofía, Sociología y Economía

**La teología de la liberación en el pensamiento político-filosófico y acción
pastoral de monseñor Alberto Luna Tobar**

Trabajo de titulación previo a la obtención
del título de Licenciada en Ciencias de la Educación
en Filosofía, Sociología y Economía.

AUTORA:

Natalia Daniela Lucero Carabajo
C.I.: 0107151532
Correo: danilucero29@gmail.com

DIRECTOR:

Lic. Fernando Marcelo Vásquez Carrasco, Ph. D.
C.I: 1801724335

Cuenca – Ecuador
29 de junio del 2021



Resumen

La teología de la liberación, fundada por el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez es un movimiento social y teológico que surgió en Latinoamérica, presentando a la Iglesia católica una alternativa innovadora para evangelizar bajo los principios de justicia, dignidad humana, solidaridad, bien común e igualdad, ya no solo desde el templo sino a partir de la realidad socioeconómica en la que vive la población permanentemente marginada, enfrentando desigualdad, pobreza, violencia e injusticia.

El presente trabajo de titulación, aborda brevemente la historia y postulados de la teología de la liberación y recoge la influencia de esta en el Ecuador, específicamente en la provincia del Azuay en donde monseñor Luis Alberto Luna Tobar, mientras se desempeñó como arzobispo de la Arquidiócesis de Cuenca, profesor universitario, escritor y columnista de algunos diarios del país, aplicó los principios de este movimiento teológico a su acción pastoral y los conjugó con su pensamiento político-filosófico. La opción preferencial por los pobres se constituyó en el eje principal de su labor, trabajó incesantemente por la reivindicación de los derechos humanos que injustamente se les había arrebatado y, promovió desde todos los espacios en los que se involucró, la recuperación y fortalecimiento de la dignidad humana. El trabajo y el pensamiento de Luna se resumen en la justicia social, la democracia y el servicio a la sociedad, pues fue el promotor del cambio de la Iglesia tradicional a la Iglesia comunidad en la que todos son partícipes del evangelio y son protagonistas de su materialización en el contexto social.

Palabras clave: Teología. Liberación. Iglesia. Justicia. Dignidad humana. Comunidad. Igualdad. Solidaridad. Bien común.



Abstract

Liberation theology, founded by the Peruvian priest Gustavo Gutiérrez, is a social and theological movement that emerged in Latin America, presenting the Catholic Church with an innovative alternative to evangelize under the principles of justice, human dignity, solidarity, common good and equality, not only from the temple but from the socioeconomic reality in which the permanently marginalized population lives, facing inequality, poverty, violence and injustice.

This degree work, briefly addresses the history and postulates of liberation theology and reflects its influence in Ecuador, specifically in the province of Azuay where monsignor Luis Alberto Luna Tobar, while he served as archbishop of the Archdiocese's Cuenca, a university professor, writer and columnist for some newspapers in the country, applied the principles of this theological movement to his pastoral action and combined them with his political-philosophical thought. The preferential option for the poor became the main axis of his work, he worked incessantly for the vindication of human rights that had been unjustly taken away from them and, from all the spaces in which he was involved, he promoted the recovery and strengthening of the human dignity. Luna's work and thought are summarized in social justice, democracy and service to society, since he was the promoter of the change from the traditional Church to the community Church in which all are participants of the gospel and they are protagonists of its materialization in the social context.

Keywords: Theology. Liberation. Church. Justice. Human dignity. Community. Equality. Solidarity. Common good.



ÍNDICE DE CONTENIDO

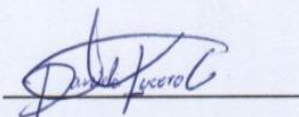
RESUMEN.....	2
INTRODUCCIÓN.....	10
Capítulo I.....	12
Teología de la Liberación en América Latina	12
Análisis de los Documentos del Episcopado Latinoamericano de Medellín y Puebla..	13
<i>Conferencia Episcopal de Medellín</i>	13
<i>Conferencia Episcopal de Puebla</i>	15
Principales Representantes de la Teología de la Liberación	16
<i>Gustavo Gutiérrez</i>	17
<i>Leonardo Boff</i>	18
Principios Político-Filosóficos de la Teología de la Liberación.....	20
Capítulo II	25
Teología de la Liberación en el Ecuador	25
Antecedentes de la Iglesia Ecuatoriana.....	25
Teología de la Liberación en el Contexto Ecuatoriano	26
Opciones Preferenciales	27
<i>Opción Preferencial por los Indígenas</i>	28
<i>Monseñor Leonidas Proaño</i>	29
<i>Opción Preferencial por los Pobres</i>	30
<i>Monseñor Luis Alberto Luna Tobar</i>	31
Capítulo III	34
La Teología de la Liberación en el Pensamiento Político-Filosófico y Acción Pastoral de Monseñor Luna Tobar	34
Pensamiento Político-Filosófico	35
<i>Promoción Humana</i>	41
<i>Justicia</i>	42
<i>Bien Común</i>	44
<i>Acción Pastoral</i>	45
<i>Evangelización</i>	46
<i>Servicio a la sociedad</i>	47
Capítulo IV	55
Conclusiones y recomendaciones	55
Conclusiones	55
Recomendaciones.....	59
Referencias.....	61



Cláusula de Propiedad Intelectual

Natalia Daniela Lucero Carabajo, autora del trabajo de titulación "La teología de la liberación en el pensamiento político-filosófico y acción pastoral de monseñor Alberto Luna Tobar.", certifico que todas las ideas, opiniones y contenidos expuestos en la presente investigación son de exclusiva responsabilidad de su autora.

Cuenca, 29 de junio del 2021



Natalia Daniela Lucero Carabajo

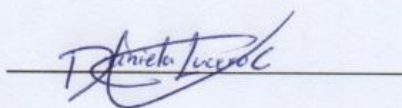
C.I: 0107151532

Cláusula de licencia y autorización para publicación en el Repositorio Institucional

Natalia Daniela Lucero Carabajo en calidad de autora y titular de los derechos morales y patrimoniales del trabajo de titulación "La teología de la liberación en el pensamiento político-filosófico y acción pastoral de monseñor Alberto Luna Tobar", de conformidad con el Art. 114 del CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN reconozco a favor de la Universidad de Cuenca una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra, con fines estrictamente académicos.

Asimismo, autorizo a la Universidad de Cuenca para que realice la publicación de este trabajo de titulación en el repositorio institucional, de conformidad a lo dispuesto en el Art. 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Cuenca, 29 de junio del 2021



Natalia Daniela Lucero Carabajo

C.I: 0107151532



Dedicatoria:

Este trabajo de titulación se lo dedico a mis padres **René y Catalina**, quienes con su apoyo incondicional, paciencia y esfuerzo me han permitido cumplir una de las metas más importantes de mi vida. A mis hermanos por impulsarme siempre a dar lo mejor de mí cada día. A mi familia por sus consejos, palabras de aliento, cariño y preocupación.

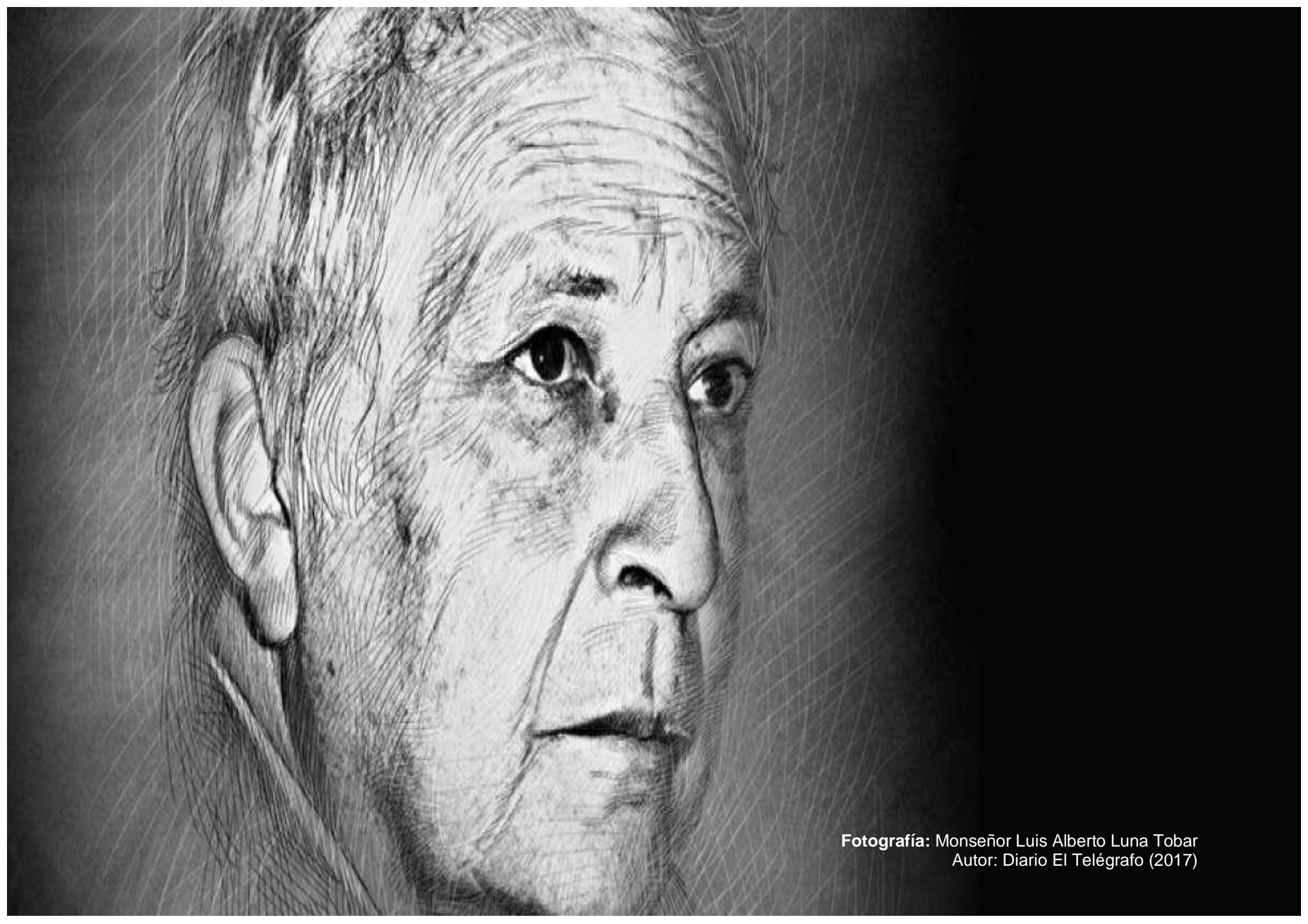
Y de manera muy especial, está dedicado a la memoria de mi abuelita **Mimito**, quien poco antes de que pueda ver culminado mi trabajo de graduación, partió hacia el topos uranos para convertirse en el astro más resplandeciente que hoy ilumina mi camino; sin duda alguna, ella fue mi mayor motivación para concluir con éxito este proyecto.



Agradecimiento:

Durante mi paso por la Universidad de Cuenca y la culminación de este documento, fue necesaria la presencia de personas importantes que con su apoyo me han permitido cumplir este paso dentro de mi formación académica; infinitas gracias a ellas.

Mi más sincero y profundo agradecimiento al Dr. Marcelo Vásconez Carrasco, mi profesor y amigo. Director y principal colaborador de este trabajo de graduación, quien con su sabiduría y bondad supo orientarme a lo largo de todo este proceso.



Fotografía: Monseñor Luis Alberto Luna Tobar
Autor: Diario El Telégrafo (2017)

INTRODUCCIÓN

La teología, rama del conocimiento que estudia la naturaleza de Dios y sus atributos, en el transcurso de su historia ha tenido cambios que la han vuelto cada vez más comprensible y vivencial en el seno de las sociedades, uno de esos, es el caso de la teología de liberación que surge originariamente en América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Luego del Concilio Vaticano y las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín y Puebla, un grupo de presbíteros de la Iglesia católica liderados por Gustavo Gutiérrez comenzaron a desarrollar y aplicar la teología de la liberación en el proceso de evangelización, en la década de los años setenta; más tarde este movimiento tuvo acogida en algunos países del continente americano y posteriormente de África, aunque en principio fue cuestionado por la jerarquía de la Iglesia de Roma, actualmente está fortalecido ya que el Papa Francisco es originario de Latinoamérica. Por ello en el presente documento se hará un breve recorrido de la historia de la teología de la liberación, su impacto en Ecuador y cómo esta nueva forma de evangelizar fue el eje fundamental en el pensamiento y acción pastoral de monseñor Alberto Luna Tobar.

En el primer capítulo se hace una ligera descripción de la teología de la liberación para lo cual se han considerado las conclusiones de las conferencias del episcopado latinoamericano que se llevaron a cabo en Colombia y México, y los postulados de sus principales representantes Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boof, antecedentes con los que se explican los principios político-filosóficos de este nuevo movimiento teológico. Se destaca que la Iglesia tiene que dejar de ser tan tradicional, concentrada solamente en la liturgia y la doctrina, para convertirse una institución cercana a la sociedad que se preocupa por las problemáticas que a diario aquejan a la población, pero sobre todo enfocada en la opción preferencial por los grupos humanos permanentemente marginados como son: los pobres, los indígenas, las mujeres, los campesinos, obreros, niños, etc.

La segunda parte de esta investigación consiste en analizar cómo se implementó la teología de la liberación en Ecuador, cuáles de sus principios se materializaron y de qué forma los obispos Leonidas Proaño y Alberto Luna

llevaron a cabo una evangelización innovadora dentro de la Iglesia, teniendo como opción preferencial a los indígenas y a los pobres respectivamente. Se mencionan los principales hitos de sus acciones pastorales al frente de las provincias de Azuay y Chimborazo y se explicita la manera en que estos contribuyeron a la recuperación de la dignidad humana de la población constantemente marginada en los territorios antes señalados.

En un tercer momento se contrastan los principios de la teología de la liberación con el pensamiento político-filosófico y la acción pastoral de monseñor Alberto Luna. Se explica cómo monseñor logró alejarse de la “Iglesia tradicional” y se encaminó en una nueva forma de evangelización a través de la “Iglesia comunidad”, teniendo como prioridad a lo largo de su arzobispado la opción preferencial por los más pobres; por otra parte también describe el accionar político que tuvo frente a diversos acontecimientos históricos que se suscitaron en el Ecuador, impulsó la organización social como punto de partida para la reivindicación de derechos de los marginados y, mantuvo siempre una postura democrática aunque fuera afín a los movimientos políticos de izquierda, a ello se debe su constante lucha por el bien común, la justicia y la promoción humana.

La última parte de este documento contiene las conclusiones a las que se ha podido llegar luego del análisis de la bibliografía que se utilizó para el desarrollo de la investigación. Se explicita que la teología de la liberación pretende liberar al hombre oprimido de la injusticia y la desigualdad, y para ello es necesaria una Iglesia cercana a la realidad social de la población, situación que ya se experimentó en el Ecuador con Proaño y Luna. Finalmente se presentan unas recomendaciones sobre cómo replicar la acción pastoral de monseñor Luna, basándose en la fe y el amor, teniendo como punto principal la educación en valores y que la Iglesia asuma su responsabilidad de vigilar que se apliquen estos en la vida personal y comunitaria de la gente, para que esta mejore su calidad de vida.

Capítulo I

Es preciso comenzar señalando que ni en el Catecismo de la Iglesia Católica, ni en la Doctrina Social de la Iglesia consta la teología de la liberación como una alternativa para vivir la fe cristiana, y al no haberse generado inicialmente en Roma se convierte en algo nuevo y original que surgió en América Latina. Por ello, en este capítulo se describirá el contexto en el que se desarrolla la teología de la liberación, iniciando con las conclusiones de dos conferencias que fueron clave para la gestación de este movimiento en Latinoamérica. Se revisarán los textos definitivos de las Conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín (1968) y de la III Conferencia General del Episcopado de América Latina llevada a cabo en Puebla (1979). Así también a sus principales representantes quienes a través de sus actividades permitieron la difusión y cumplimiento de los ideales de este movimiento. Para finalizar se tendrán en cuenta los principios políticos filosóficos de la teología de la liberación, analizando su vínculo con la opción preferencial por los pobres. Interesa saber cuáles son las pautas para su desarrollo y; qué actividades concretas deben cumplirse para lograr una transformación en Latinoamérica desde la teología de la liberación.

Teología de la Liberación en América Latina

La Teología de la Liberación es un importante movimiento social y teológico de la Iglesia latinoamericana, no se condiciona solamente a pensar en el mundo, sino que busca su transformación, mediante la construcción de una “nueva sociedad, justa y fraternal.” (Chaouch, 2007, p. 432)

La teología de la liberación ha marcado fuertemente la vida de la Iglesia pues ha hecho que se insista en su misión, enfatizando su labor de contribuir al bienestar de la sociedad. Este hecho se ha constituido como base de liberación en las conferencias del Episcopado efectuadas en Medellín y Puebla. Los asuntos que se tratan en cada encuentro episcopal están relacionados a la Iglesia y su desarrollo en cada situación geográfica. Paulatinamente se fue

notando que Latinoamérica tiene necesidades distintas ante problemáticas como la calidad de educación, desigualdad, pobreza extrema, violencia, etc.

Así entonces este movimiento teológico es producto de la aplicación de las conclusiones resultantes de esas dos conferencias generales del episcopado latinoamericano en base a los factores antes mencionados; la teología de la liberación está dirigida a la Iglesia (religiosos y laicos), al Estado y a la población en general, razón por la que consecuentemente ha creado conciencia por despertar el sentido de la responsabilidad social y de la solidaridad con los pobres y oprimidos en la sociedad.

Análisis de los Documentos del Episcopado Latinoamericano de Medellín y Puebla

Conferencia Episcopal de Medellín

Un rasgo importante que caracterizó a la Iglesia hasta antes del pontificado de Pío IX (1848-1849) es su despreocupación por quienes la conforman, pero fue este Papa quien hizo las primeras reflexiones sobre la realidad de los círculos obreros católicos que se formaron a raíz de la revolución industrial en Europa y a partir de ahí la Iglesia se volvió más cercana a la sociedad, situación que más tarde se consolidó con la publicación de la primera encíclica social *Rerum Novarum* escrita por S. S. León XIII en agosto de 1891, en la que el Sumo Pontífice hace una gran defensa de la dignidad humana especialmente de los trabajadores de la época y, que se afianzó aún más con el desarrollo del Concilio Vaticano II realizado en la segunda mitad del siglo XX.

La presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Vaticano II fue el tema elegido para llevar a cabo la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, en el año 1968. Según Pablo VI -quien inauguró esta conferencia- a partir de ahí se abre un nuevo periodo en la vida eclesial de esta región del planeta, “nosotros debemos favorecer todo esfuerzo honesto para promover la renovación y la elevación de los pobres y de cuantos viven en condiciones de inferioridad humana y social.” (1968), expresaba el Santo Padre en el evento inaugural, haciendo hincapié también en el Pensamiento Social de la Iglesia que para entonces ya había

realizado profundas reflexiones acerca de la situación en la que viven millones de personas despojadas y vulneradas de los derechos a los que accede la población común.

En esta conferencia general del episcopado regional se contextualizan documentos eclesiales como el Concilio Vaticano II en el que se reclama el “deseo universal de la dignidad”. La interpretación de este documento permite formular que el centro de preocupación de la sociedad y la Iglesia sea el hombre latinoamericano sumido en situación de miseria (Neira, 2015).

La problemática es tratar las injusticias en las que se desenvuelve el hombre latinoamericano; entre ellas se enuncia la dificultad de muchas familias para brindar educación a sus hijos, la desigualdad de derechos de la mujer, el analfabetismo, las condiciones de vida infrahumana de los campesinos, la imposibilidad de comercializar sus productos a precios justos y la negación de su derecho a la propiedad de la tierra; condiciones que impiden su bienestar, llevando su situación a una extrema pobreza.

Hasta antes de la realización del Concilio Vaticano II a la Iglesia se le atribuye una actitud de indiferencia ante los desfavorables e inevitables problemas de injusticia y condiciones de pobreza en la que vive la sociedad latinoamericana, pero en este concilio se impulsa la promoción de los pueblos del Tercer Mundo, dentro de los cuales están los latinoamericanos. A lo largo del encuentro de Medellín se resalta el afán de los pobres por salir de la condición en la que viven y el anhelo de la Iglesia por ser parte de su proceso de liberación. Se refleja la búsqueda de soluciones al modo de cómo debe estar presente la Iglesia en el Continente y por esa razón se enfoca en tres áreas importantes: promoción humana; evangelización; Iglesia y sus estructuras. Como consecuencia de esta posición, la Iglesia asume y se hace voz de los pobres (Liberti, 1995).

En el documento de Medellín se concluye que debe existir un vínculo entre la participación del Evangelio y la acción de compartir con el sujeto que se halla en situación de miseria. En efecto, la esencia de la teología de la liberación surge en la conferencia de Medellín como un llamado a hacer corresponder la doctrina social de la Iglesia con acciones en participación y compromiso con los pobres.

Conferencia Episcopal de Puebla

En la presentación del documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se llevó a cabo en Puebla en el año 1979, el Cardenal Sebastiano Baggio, sostiene que esa conferencia es el principio de una nueva etapa en el proceso de la vida eclesial en América Latina. En el texto se insiste en renovar las estructuras internas de la Iglesia a través de la Doctrina Social, de manera específica la catequesis y la liturgia como instrumentos de formación y de acción. Como entidad eclesial, a más de demostrar una imagen auténticamente pobre, adecuada a la realidad de los oprimidos, más cercana y solidaria con su sufrimiento y ansias de liberación, recibe la tarea de comunicar el Evangelio para concientizarlos y lograr una transformación de aquella realidad basada en “mecanismos que, por no encontrarse impregnados de un auténtico humanismo producen a nivel internacional, ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres.” (Prada, 2014) Los obispos que asistieron a la Conferencia de Puebla señalaron como raíces profundas de esta situación las siguientes: vigencia de sistemas económicos no antropocéntricos; falta de integración entre los países de la región; dependencia económica, tecnológica, política y cultural de las grandes potencias mundiales; la carrera armamentista por las tensiones entre países hermanos; carencia de reformas estructurales en la agricultura para resolver los graves problemas del campesinado y; la crisis de valores morales que desencadenan en corrupción pública y privada y el afán de lucro desmedido. Lo anteriormente señalado había que corregirlo dentro de la sociedad y el aporte desde la Iglesia vendría través de la doctrina y acciones encaminadas a reestablecer la libertad y dignidad humana de los pobres y oprimidos (Prada, 2014).

Resumiendo, en Puebla, la teología de la liberación tiene sus primeros planteamientos porque se considera la opción preferencial por los pobres como un factor fundamental para revertir la cruda realidad que estos vivían en América Latina, pues era evidente que la injusticia institucionalizada había incrementado y que grupos políticos extremistas a través del empleo de medios violentos, provocaban nuevas represiones contra los sectores populares, forjándose así una grave falta de respeto a la dignidad del ser humano.

Al observar resultados basados en acciones y no simplemente discursos de la Iglesia luego de haber transcurrido diez años de la Conferencia General de Medellín, las conclusiones de la Conferencia de Puebla se encaminan a las actividades que se deben ejecutar para que se cumpla lo propuesto. Según Prada (2014), se establece la liberación del hombre a través de una opción preferencial por los más pobres y excluidos.

Posteriormente se dispone un acuerdo que implica tomar la realidad de los marginados e incorporarla no sólo al programa evangelizador de la Iglesia, sino a su labor pastoral. Debido a que en fechas particulares -Navidad por ejemplo- realiza obras de caridad dirigidas a personas en estado de vulnerabilidad mediante misiones, se genera la idea de que solo existen ciertos períodos de ayuda. Hay cierto malestar porque no crea planes de ayuda continua para estas personas. En este caso son hombres y mujeres latinoamericanos que constituyen los miembros desatendidos tanto de la sociedad como de la Iglesia.

Principales Representantes de la Teología de la Liberación

Las conferencias generales del Episcopado Latinoamericano, en especial las desarrolladas en Medellín y Puebla, han sido experiencias importantes en la historia de la Iglesia Latinoamericana. Como también lo han sido fundamentales personajes que estuvieron en este proceso, haciendo extensiva la difusión de su pensamiento y aportando de manera directa a la labor de lucha contra la opresión en la que vive la gran mayoría de hombres y mujeres en el subcontinente americano.

Como consecuencia de estas significativas conferencias episcopales, Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff, a través de su actividad religiosa y humanista, desarrollaron mecanismos para la difusión y cumplimiento de los ideales de este movimiento. Es necesario referirse a la influencia que ha contribuido cada uno de sus aportes a la comunidad eclesial y social, para comprender los fundamentos que integran la teología de la liberación.



Gustavo Gutiérrez

Gustavo Gutiérrez Merino es un destacado teólogo peruano que forma parte de este movimiento. Elabora un análisis crítico sobre la Iglesia Católica en la realidad social de América Latina como una solución a la miseria y opresión mediante su accionar y no solamente de manera retórica.

Es considerado el Padre de la teología de la liberación por sintetizar las ideas de la Conferencia Episcopal de Medellín relacionadas a este movimiento, acuñando y definiendo el término en su libro denominado: *Teología de la liberación, perspectivas* (1971). Como defensor de los derechos humanos, influenció en América Latina con un aporte significativo a la realidad del pueblo, partiendo desde ella en la cual encontramos al hombre oprimido, sumido en la pobreza, quien exige la denuncia contra las estructuras políticas, sociales que no permiten mejorar sus condiciones de vida (Arroyo, 2009)

En Medellín como en Puebla, ya se ha mencionado que esta teología piensa en el mundo pero también busca los medios para transformarlo. Para Gutiérrez se define la teología de la liberación como aquella que predica la liberación -de la comunidad oprimida- a la luz del mensaje de Cristo. Sin embargo, advierte que no trata únicamente de situaciones religiosas, sino de cuestiones profundamente humanas. Es importante la propuesta de Gutiérrez, ya que consiste en analizar el problema en función del creyente, la Iglesia y la situación social (Cubells, 2011).

Según Arroyo (2009), el mensaje de su literatura se ve reflejado en acciones humanistas que ha emprendido como por ejemplo la fundación del Instituto Bartolomé de las Casas, una organización sin fines de lucro que busca contribuir al desarrollo de los peruanos, basándose en la opción preferencial por los pobres. La relación entre la Iglesia y la humanidad, apoyada en esta opción, sugiere asumir responsablemente el compromiso de transformación de la historia humana del estado de dominación y opresión.

De esta manera se asigna un nuevo rol a los teólogos junto a religiosos y laicos. En primera instancia, deben comprometerse personal y vitalmente con la liberación de su prójimo, porque no se puede continuar ignorando la grave situación en la que viven millones de personas en esta región del planeta, cuyas condiciones deplorables de vida, muchas veces injustamente impuestas, han

hecho que se conviertan en seres invisibles ante los grupos de poder, algo totalmente contradictorio a lo que exhorta Jesús en el Evangelio: “Vengan a mí todos los que estén cansados y agobiados, y yo les haré descansar” (Mateo 11: 28). Por ello la Iglesia debe ser el mejor lugar de refugio ante la injusticia y la inequidad; pero además, desde la perspectiva del laico, es preciso materializar el valor de la solidaridad, no necesariamente por ser cristiano, sino porque la libertad es un derecho humano fundamental al que todos deben acceder. Entonces, esto implica estudiar con profundidad el problema del marginado social, para adaptar nuevos instrumentos y acciones que impulsen el desarrollo de una sociedad justa y fraternal de los hombres y mujeres que viven en situaciones de miseria (Silva, 2009).

Leonardo Boff

El brasileño Leonardo Boff es conocido por su labor y dedicación para bien de los más pobres; propugna la responsabilidad de la sociedad por reducir o terminar la opresión en la que viven (Tamayo, 1999). Toma conciencia de la situación deplorable en la que la mayoría de la población vive en distintas partes de Latinoamérica y exterioriza su aflicción por la injusticia en la sociedad.

El eje fundamental de su pensamiento es la opción por los pobres y los individuos marginados, contra la pobreza, a favor de la vida y la libertad. Teniendo en cuenta a Barragán (2008), Cristo-Justicia-Pobres constituyen la trilogía necesaria para transformar la realidad de los oprimidos en Latinoamérica. Para Boff, sin este conjunto, no se podría llamar teología de la liberación. En relación a lo anterior, como factor de liberación, la verdad a través del Evangelio debe adecuarse a las experiencias de hombres y mujeres que viven en una determinada sociedad.

Como lo hace notar Carballo (2010), la Iglesia y la sociedad tienen que ser partícipes de la realidad de los marginados y contribuir a su emancipación libertaria con el único objetivo de aportar al desarrollo y bienestar de la población en general. Sin embargo, un elemento que se debe destacar del pensamiento de Boff es que considera a los pobres como actores principales de su propia liberación. Es decir se necesita de su participación directa en este proceso y no únicamente mantenerse como sujetos de ayuda o caridad, solo de esa manera



será posible reestablecer la dignidad humana que les fue arrebatada incluso contra su voluntad.

Los teólogos y demás miembros de la Iglesia deben mantener un equilibrio entre la realidad de la sociedad, una parte de la cual está sumida en la miseria, y la reflexión teológica con actos concretos, porque no es suficiente solo la difusión del Evangelio y la grandeza del *amor de Dios* desde la comodidad de un templo, sino también comprender y solidarizarse con la población que sufre los efectos de la exclusión a causa de la pobreza, para inducirle a concientizarse y promoverla como protagonista de la construcción de una sociedad más justa y solidaria. Esta es una actitud aplicada a la moral cristiana ya que en favor de la justicia se debe hacer cumplir la voluntad de dar al prójimo lo que le pertenece, además de reconocerlo como persona (Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, 2004). Por lo tanto la Iglesia debe fomentar actividades que desarrollen actitudes y comportamientos basados en la solidaridad y la unidad; ser aliado y fuerza secundaria de los marginados; promover la creación de movimientos sociales frente a las desigualdades (Boff, 1988).

En ese sentido es necesario que tanto los oprimidos, como los miembros de la Iglesia presenten actitud positiva para transformar esa realidad tan difícil en la que viven millones de personas en Latinoamérica, ya que pueden implementarse acciones maravillosas que difícilmente podrían ser efectivas, si no existe el empoderamiento por parte de los marginados, en el que se reconozcan como sujetos de derechos fundamentales y capaces de mejorar sus condiciones de vida; así como también podría darse el caso de que la Iglesia aun conociendo la grave problemática que enfrentan los oprimidos, considere que es un mal menor, lo minimice y no haga nada al respecto aduciendo que esa es la voluntad de Dios, inclusive esto iría en contra de las *Obras de misericordia* que pide poner en práctica a todos los fieles, el Catecismo de la Iglesia Católica.

En síntesis, Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff son dos teólogos que toman la perspectiva del pobre y formulan el movimiento de la teología de la liberación para que se desarrolle no sólo a base de un pensamiento o ideología cristiana, sino en equilibrio con una acción pastoral colectiva que debe dar centralidad a los sectores marginados de la sociedad.

Como precursores del pensamiento de la teología de la liberación, plantean la comprensión de esta tendencia como una forma de lucha, a partir de la reflexión, la práctica de la fe, enfocada en una opción preferencial por los pobres.

No se puede decir que estos factores garanticen la liberación de los individuos. De ningún modo una liberación dentro de un contexto social se llevaría a cabo de manera eficaz si no estuviera adherida a un conjunto de acciones concretas que permitan participar de forma directa en la realidad del pobre.

Los autores mencionados no olvidan quiénes son los protagonistas de este cambio; por ello su aporte al pensamiento de esta corriente es un mérito; porque la diferenciaron de las demás teologías. Boff y Gutiérrez son los precursores de este movimiento, concerniente a la fusión de la espiritualidad con el deber, el mensaje del Evangelio con la acción solidaria.

Principios Político-Filosóficos de la Teología de la Liberación

La teología de la liberación, al ser un movimiento teológico, en primer lugar, está dirigido a los representantes de la Iglesia, pues con su liderazgo fomentarán -a través de su accionar pastoral- un cambio en sus estructuras; sin embargo, los laicos también hacen parte indispensable de una verdadera transformación de los sectores pobres de Latinoamérica. Debido a eso, la Iglesia se hace servidora de los más necesitados, a través de sus eclesiásticos. Los teólogos de la liberación trabajan en la evangelización en comunión con sus obispos y con la Iglesia, cada uno en la línea de su específica vocación eclesial. Como resultado de este supuesto se da un proyecto con acciones concretas que promuevan el cumplimiento de los derechos humanos de estos individuos (Ponce, 2014).

La teología de la liberación es un movimiento teológico que surge de la Iglesia ante los problemas de la miseria e injusticia con la finalidad de lograr una transformación en la sociedad Latinoamericana. Se fundamenta en la opción preferencial por los pobres.

De acuerdo con Fernando Ponce, S. J. (2014), la ausencia de equidad y del sentido de la solidaridad son factores constantes que no permiten que la distancia entre ricos y pobres deje de crecer.

Por esta razón esta teología asigna a la Iglesia un compromiso por la recuperación de la dignidad humana, la solidaridad y la justicia, desde una perspectiva sobre los sectores de la población en condiciones vulnerables.

Dignidad humana

Es necesario destacar que se debe favorecer en todo momento la fraternidad, la justicia, la paz, contra todas las esclavitudes, discriminaciones, atentados a la libertad, agresiones contra el hombre. Impulsar a los individuos a comprometerse en la construcción de una sociedad más humana y fraterna, en concordancia con el mandamiento del judeo-cristianismo *amar al prójimo como a sí mismo*; a desempeñar un liderazgo que permita la defensa de los derechos de los pobres (Prada, 2014). Dentro de este orden de ideas, se concluye que Medellín, en un primer aporte, lleva documentos eclesiales a la realidad del Continente, entre ellos del Concilio Vaticano II, los contextualiza y propone a la Iglesia que incorpore un proceso de liberación a su programa evangelizador. La realidad socioeconómica de América Latina reflejada la Conferencia de Puebla expuso al mundo la situación de extrema pobreza con rostros muy concretos: niños sin mínima oportunidad de desarrollarse, jóvenes desorientados que no encontraban su lugar en la sociedad, indígenas y afroamericanos que vivían en completa marginación y en condiciones inhumanas, campesinos relegados y explotados constantemente, obreros mal pagados y sin acceso a derechos laborales, subempleados y desempleados a causa de las crisis económicas, marginados y hacinados urbanos como consecuencia de la migración del campo a la ciudad y, ancianos frecuentemente marginados porque ya no son productivos para el sistema económico de los Estados (Prada, 2014). Y a esto hay que sumar la violencia por la guerrilla, el terrorismo y los secuestros que afectaban directamente la convivencia social. Todo lo anteriormente descrito se suscitaba en países que se profesaban cristianos católicos, por lo que resulta paradójico que dentro de pueblos que profesan el catolicismo ocurran desproporcionadas injusticias e inequidades. Frente a esto la Iglesia debía presentar una alternativa, un camino que conduzca a la liberación de los oprimidos y a la reivindicación de los pobres, surgiendo así la teología de la liberación.

Las personas que viven en estas condiciones son víctimas de la opresión provocada por otros. Según Neira (2015), es necesario llamar por su propio nombre a la injusticia, a la explotación del hombre sobre el hombre, o bien, a la explotación del hombre por parte del Estado, de las instituciones, etc. Toda injusticia dentro de la población se convierte en un pecado social como estructura de acciones y omisiones que mantienen a los individuos bajo opresión. De modo que, para la teología de la liberación, la raíz del mal -pobreza, opresión- reside en las personas libres y responsables, pues estas deberían actuar por la búsqueda del bienestar y el reconocimiento efectivo de la dignidad de cada ser humano dentro de su entorno (Aquino, 2012).

Solidaridad

La Iglesia debe convivir con el pobre, aprender de su cultura, aprender su lengua y adaptarse a sus costumbres para conocer y trabajar por cada situación o necesidad. Una labor comprometida a visitar los lugares en donde las condiciones de vida de las personas son pésimas; dialogar con los indígenas; asistir a enfermos; velar por los ancianos; gestionar alimentos, vivienda, etc. De ahí que el compromiso por la libertad constituye lo esencial de la teología de la liberación, que a más de un pensamiento y palabra, la acción pastoral por los demás forma parte del fundamento para la liberación.

Por lo que respecta a la Doctrina Social de la Iglesia (2004), en la aplicación de la moral cristiana, la Iglesia necesita de todos los miembros que la constituyen; la labor de los teólogos; la contribución de religiosos; la dedicación de laicos; pero de manera especial de los propios sujetos que se encuentran en situación vulnerable. De manera semejante sucede en la teología de la liberación, ya que es teocéntrica pero vinculada a la población oprimida, a la cual hay que concientizar para que sea partícipe de su liberación. Como se ha mencionado anteriormente, los individuos que buscan mejores condiciones de vida tienen que ser parte del proceso y no meros observadores; crear una conexión entre participación en el Evangelio y la solidaridad con el otro.

Justicia social

En el documento de la Conferencia General del Episcopado de Puebla, al mencionar ausencia de equidad y sentido de solidaridad dentro de la teología de la liberación, se entiende que, para conseguir la sociedad igualitaria y justa, es necesario un trabajo conjunto entre la Iglesia, la población en general y los grupos humanos que se hallan en condiciones de vulnerabilidad. Sus conclusiones refuerzan la idea de que la promoción de la dignidad humana, el desarrollo y bienestar del hombre son un deber comunitario y demandan tener un papel activo y una participación afín de todos para alcanzar una sociedad más justa y solidaria.

La ayuda debe ser entre todas las clases sociales y en este aspecto la Iglesia debe asistir como mediadora y consolidar este esfuerzo. En pequeñas acciones también se puede ser parte de la transformación del modo de vida. Por ejemplo, la caridad, simbolizada como la limosna en una celebración eucarística, es un factor por el que una persona civil creyente intenta colaborar con la Iglesia. Fuera de ella, la caridad se expresa en la calle cuando ese mismo dinero puede usarse para ser otorgado directamente en alimentos o vestimenta a quien lo necesita. El apoyo de los laicos también debe ser una voluntad continua pues es una oportunidad para que las personas que necesitan salgan de la miseria.

En el Tercer Encuentro Episcopal llevado a cabo en Puebla en 1979, se destaca que la Iglesia ha aprendido en el Evangelio que su misión con la sociedad es la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre. Uno de los puntos más importantes a los que se llegó fue la renovación de la Iglesia; adaptar su quehacer pastoral a la realidad de los individuos, supuesto que consolida las disposiciones de Medellín y la hace parte de un proceso transformador en la vida de Latinoamérica. Adoptar una actitud solidaria con las personas vulnerables es también desarrollar alternativas adecuadas a estas condiciones como medios para la concientización en favor de la liberación (Prada, 2014). Es inclusive la puesta en práctica de las *obras de misericordia* que recomienda a todo cristiano el Catecismo de la Iglesia Católica.

La propuesta como resolución a las necesidades del Continente consiste en un compromiso por parte de la Iglesia con los sectores desposeídos de la sociedad. La conferencia de Puebla establece que los individuos que forman



parte de la estructura de la Iglesia: religiosos y laicos adecúen sus actividades a la opción preferencial por los pobres con la finalidad de atender los urgentes problemas de miseria y desigualdad. Esta es una manera de visualizar, conocer, considerar la historia y la realidad en función de los intereses de los pobres, porque no tendría sentido predicar a viva voz el amor de Dios e ignorar la difícil situación que causa la pobreza a millones de miembros de la Iglesia.

Este movimiento teológico plantea no únicamente preocuparse o prestar atención a la realidad que sufre el pueblo latinoamericano, sino transformar una sociedad para que goce de una calidad de vida más humana, una distribución más justa de los bienes y oportunidades, logrando así establecer una convivencia social fraterna.

Capítulo II

Teología de la Liberación en el Ecuador

En este Segundo Capítulo se analizará cómo se desarrollan los principios de la teología de la liberación en el contexto socio político del Ecuador. Es necesario revisar algunos antecedentes de la Iglesia ecuatoriana, pues de ese contexto depende el surgimiento de dos opciones que tienen su base en la teología de la liberación; la opción por los indígenas y la opción por los pobres. La primera, lleva este nombre por situarse en la provincia de Chimborazo, zona con mayor población indígena del país, mientras que la opción preferencial por los pobres pertenece o nace en las barriadas populares de la ciudad de Cuenca, en la provincia del Azuay. Estas dos corrientes teológicas están representadas por Leonidas Proaño y Alberto Luna Tobar, respectivamente, personajes que vincularon el desarrollo social a la evangelización con el objeto de defender los derechos humanos de estos grupos de la población.

La Iglesia y la sociedad en el Ecuador, como en otros países de Latinoamérica, según el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia Católica (2004), debe mantener la esperanza de las personas que viven en la pobreza, responder a las catástrofes humanitarias, promover el desarrollo integral humano y combatir las causas de la pobreza y la violencia. No obstante el compromiso de la Iglesia ecuatoriana no siempre estuvo arraigado en las necesidades de las clases sociales bajas.

Antecedentes de la Iglesia Ecuatoriana

La labor de la Iglesia en Ecuador desde su llegada con los colonizadores europeos en el siglo XVI y hasta los años sesenta del siglo XX, se desenvuelve en el contexto de vigencia de una institución llamada hacienda. Esta práctica es conocida por el arduo trabajo que realizan los indígenas en los terrenos del capataz para conseguir sustento. Vera (2018) describe que se trataba de un contrato que podría durar hasta la muerte, basado en una organización económica productiva semi-feudal, fundado en el trabajo agrario de los indígenas, en condiciones de explotación y maltrato.

A lo largo de todo el período mencionado en el párrafo anterior, la población indígena sufrió excesivos abusos, producto de una combinación entre el poder económico y la Iglesia. Un ejemplo de eso es la aprobación que daba la Iglesia a este tipo de actividades. Los miembros de la entidad eclesiástica otorgaban su bendición a los señores feudales con la finalidad de que su poder económico crezca y les permita extender sus territorios, mas no procuraban denunciar las injustas condiciones de vida en las que laboraban los indígenas (Gallegos, 2007).

En Ecuador, sin embargo, la Iglesia de Riobamba fue la primera en anticiparse al Estado frente a esa difícil realidad pues, a través de la gestión de monseñor Leonidas Proaño, representante episcopal, plantea la devolución de las tierras a sus propietarios originarios. Además, dispone de sus tierras para que sean entregadas a la población afectada y de manera equitativa se beneficie al sector más vulnerable. Esta propuesta obtuvo un resultado positivo convirtiéndose en un programa de cooperativa agrícola, como un inicio de una reforma agraria (Villa, 2017).

Teología de la Liberación en el Contexto Ecuatoriano

En el contexto ecuatoriano los sectores más vulnerables son los indígenas y los pobres. La población indígena, porque vive bajo opresión e inclusive sus miembros son tratados como animales por parte de sus patrones o capataces, quienes los consideraban seres de carga. La población pobre, porque carece de los recursos necesarios para una vida digna y es también el sector marginado por la sociedad. Ambos grupos permanecen ante la indiferencia de los individuos que sí gozan de libertad, pues mediante ellos se puede evitar la violación de los derechos y promover la justicia para el desarrollo y bienestar de todos quienes integran cada comunidad.

Por tal motivo, nacen en el Ecuador dos movimientos importantes que tienen su base en la teología de la liberación; la opción por los indígenas y la opción por los pobres. Como señala Cuví (2017), son opciones representadas por personajes de las comunidades eclesiásticas. Por un lado Leonidas Proaño, quien construyó una teología de dignificación de la persona, figura como máximo

gestor de la comunidad indígena. Por otra parte Alberto Luna Tobar asumió su opción por los pobres desde los principios de solidaridad y liberación.

Opciones Preferenciales

Es oportuno comenzar señalando que la ubicación geográfica en la que se desarrollan estos movimientos de la teología de la liberación en Ecuador es importante. Por un lado, la opción preferencial por los indígenas lleva este nombre por situarse en la provincia de Chimborazo, que registra el mayor porcentaje de población indígena del país. Mientras que la opción preferencial por los pobres surge en las comunidades urbano marginales de la ciudad de Cuenca y en la ruralidad que encierra la provincia del Azuay.

Estas dos opciones preferenciales posteriormente tendrían acogida en algunas congregaciones religiosas presentes en el Ecuador. Así por ejemplo, adoptando la opción preferencial por los pobres en el sentido de la solidaridad, conviene destacar la situación en Azuay con la llegada de los misioneros javerianos a la parroquia Sayausí a mediados de los años setenta.

La motivación a las comunidades permitió la organización de la población para conseguir un progreso que es notorio hasta la fecha. En este sector rural se trabajó en las denominadas mingas, y con la ayuda de la congregación misionera se construyeron escuelas, el carretero Cuenca-Molleturo-Naranjal para el expendio de sus productos, se colocó alumbrado público, se obtuvo el acceso al agua clorada mediante tuberías, etc.

Sin duda un cambio para toda una parroquia, desde la teología de la liberación. El trabajo conjunto para generar un cambio, a base de motivación, organización y ayuda social continua, es una cuestión oportuna. Por ello la acción pastoral mediante la teología de la liberación es una causa primordial de la reivindicación de derechos para la población pobre.

En lo que tiene que ver con la obra de los dos obispos mencionados, la personalidad y obra de Leonidas Proaño tiene dimensiones continentales, frente a la de Alberto Luna Tobar, como lo reconoce por ejemplo monseñor Víctor Corral Mantilla ex obispo de Riobamba, quien en una conferencia pronunciada en la Universidad Politécnica Salesiana con ocasión de conmemorar los veinte años del fallecimiento de monseñor Proaño, señala que “es uno de los grandes

profetas que Dios suscitó en nuestra América Latina en la segunda mitad del siglo XX gracias a su mensaje y acción liberadores” (Vera, 2018). Desarrolló una obra enorme para sacar a los más pobres de entre los pobres de aquello que les impide vivir con un mínimo de dignidad humana, una situación de infra-humanidad en la que vivía la mayoría indígena de la Provincia de Chimborazo. Fue un compromiso humano.

Opción Preferencial por los Indígenas

Este proceso fue fundamental para la devolución de las tierras a los dueños comunitarios, y también para que la población indígena tenga voz en la sociedad. Proaño (1954) exige que se respeten los bienes de los indígenas pues, a pesar de la pobreza en la que se hallen, esta sociedad debe mantener la equidad como una cualidad primaria en la convivencia de los individuos.

Para que haya paz en una sociedad, ésta debe trabajar por los derechos de los individuos que la integran; que cada uno tenga lo que le corresponde. La Iglesia debe estar de lado del pueblo, y salir en defensa de sus derechos. (Vera, 2018)

La propuesta de esta iniciativa es reforzar el vínculo entre la Iglesia y la comunidad con la finalidad de que las poblaciones indígenas, especialmente en Chimborazo, fueran tratadas dignamente. No se espera obtener resultados únicamente con ser conscientes y predicar la palabra, sino que la acción, va más allá y confronta la realidad de la población con las tareas de los miembros eclesiásticos.

La Iglesia ecuatoriana está llamada a exigir a quienes la constituyen, una mayor participación de los indígenas dentro de la misma; tomarlos en cuenta y no ser indiferentes a sus necesidades; verlos no como una obligación, sino como el compromiso que tiene la Institución de preocuparse por quienes están aislados de la sociedad. Hay dos etapas que marcan la línea de esta opción preferencial; la primera es la concientización que la población debe hacer frente a la vulneración de sus derechos y buscar la manera de liberarse pero mediante una organización; la segunda etapa es la evangelización (Gallegos, 2007).

En otras palabras esta opción equivale a un acercamiento de la Iglesia y sus estructuras hacia los oprimidos, de manera especial con la población indígena, que garantice un contexto en el que todo sujeto aprenda a convivir en

base a valores y sea partícipe de forma activa para el bien de la comunidad y no solo el suyo propio; evitar la indiferencia al sufrimiento del individuo que forma parte de la sociedad.

Monseñor Leonidas Proaño

Leonidas Proaño nace el 29 de enero de 1910 en San Antonio de Ibarra y fallece el 31 de agosto de 1988. Fue uno de los principales representantes de la teología de la liberación en el Ecuador.

Su pensamiento establecía que los indígenas debían tener conciencia de su realidad para exigir el respeto a sus derechos; ser actores de su propio desarrollo y de esta forma empezar a liberarse. Como representante de la opción por los indígenas, brindó las herramientas necesarias de educación y organización comunitaria (Gallegos, 2007).

Su acción pastoral consistió en levantar la conciencia, carácter, personalidad de los indígenas. Por esta razón les facilitó una educación en quichua y castellano, rescatando la cultura de los habitantes en Chimborazo.

Gallegos (2007) da a conocer que monseñor, con su actitud sencilla y humilde, al ir conociendo la realidad de los indígenas en el Chimborazo, se despoja de los ornamentos episcopales y adopta el poncho como su vestimenta diaria.

Con el objetivo de despertar la conciencia en la gente, que muchas veces desconocía de sus derechos, inaugura las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador “ERPE”, uno de los proyectos más importantes de su labor pastoral dedicado a los pobres y a la población indígena, pues a más de la enseñanza escolar básica, contaba con talleres de agricultura, corte y confección, educación para la salud, enfermería, entre otros. Luego, este programa se convierte en un centro de reunión en el que la población, al contar con bases educativas, conocimientos mejor desarrollados, proponía soluciones a distintos problemas que afrontaba (Matrone, 2019).

El programa fue una herramienta indispensable para que las personas tomen conciencia de sí mismas, pero sin dejar de lado el propósito fundamental de ser ellos quienes generen ideas, planteen soluciones y que sean conscientes de que un futuro mejor está en sus manos y no en personas externas.

Consecuencia de esto, mediante gestiones, los miembros de las comunidades junto a monseñor se organizan y logran que se abra una clínica campesina; se capacita sobre conocimientos preventivos de salud, alimentarios, mejor utilización del espacio doméstico, capacitación artesanal, etc.

Se crea también el movimiento de Reporteros Populares “El Chasqui”, con el objeto de que la población conozca la manera correcta de comunicarse para llegar a un acuerdo, se desenvuelva en un espacio político, social y cultural, pero sobretodo que los individuos sean voceros de su propio pueblo (Villa, 2017).

De esta manera la teología de la liberación estuvo presente en las obras realizadas por monseñor Proaño, quien no solo vivió las experiencias de opresión, pobreza, de los indígenas, sino que sentó las bases a través de su acción pastoral, dándoles las herramientas necesarias de educación, organización, convivencia con valores en solidaridad, fraternidad, para que sean conscientes de la libertad que se les estaba quitando a sus derechos, y luchan por que se los respete.

La obra de monseñor Leonidas Proaño se sitúa en el auge de la teología de la liberación. Es si se quiere un representante “clásico”, por llamarlo de alguna manera, de la teología de la liberación. Su preocupación por los indígenas como cristiano, sacerdote y obispo le permitió enlazar el desarrollo social con la evangelización.

Opción Preferencial por los Pobres

Esta segunda iniciativa promovió prácticas evangelizadoras y sociales articuladas al lema de la Iglesia de los pobres. No busca únicamente una renovación intraeclesial litúrgica, sino un cambio social para la población. Es una decisión que surge como ayuda al sector pobre. Específicamente como apoyo a las barriadas populares del Azuay, a sectores excluidos de la sociedad que conforman familias de migrantes que han quedado desamparadas, con innumerables deudas, familias sin hogar, niños sin educación, ancianos que viven en la miseria, etc. Entonces esta opción posiciona al pobre -social y económico- como sujeto histórico capaz de ser actor de su propia transformación a través de programas y proyectos de desarrollo en donde es necesaria la participación de los individuos de este sector (Ochoa, 2018).

Luna Tobar (1983) señala que los valores naturales de la vida personal y social son de competencia evangélica; por lo tanto la Iglesia debe sustentarlos doctrinalmente y pastoralmente defenderlos. Se constituyen las bases de esta Opción por los pobres a la luz del Concilio Vaticano II y la Iglesia Latinoamericana en temas de liberación tratados en las conferencias episcopales de Medellín y Puebla. La defensa de los derechos humanos es un elemento vital para llevar a cabo esta labor, y para su gestor en el Azuay, -monseñor Luna Tobar- fue una de sus prioridades.

Monseñor Luna manifiesta, "...que el apoyo que se le brinde a los más necesitados tenga una versión pastoral, tenga una versión social y que no se quede en simple rito consolador personal" (2001, p. 27). La propuesta es ejecutar acciones concretas que mejoren las condiciones de vida inclinadas siempre a la defensa de los pobres. Ponce (2014) manifiesta la importancia de que estas actividades sean medidas adaptadas a las circunstancias de las luchas de liberación del pueblo, invitando al ejercicio de la justicia, solidaridad, unidad, etc.

Monseñor Luis Alberto Luna Tobar

Nació en la ciudad de Quito en el año 1923 un 15 de diciembre y debido a un progresivo deterioro de salud fallece el 7 de febrero de 2017 en el Valle de los Chillos, Quito. El inicio de su vinculación con un proceso eclesial se da con su ingreso a la congregación de los frailes carmelitas. El 9 de abril de 1981 fue posesionado como arzobispo de Cuenca. Con el paso de los años durante su labor en el Azuay, los pobres y marginados fueron su preferencia (Castillo, 2017).

Funda su labor pastoral en la Teología de la Liberación. Considera que las partes excluidas de la sociedad, tales como los pobres, campesinos, indígenas y mujeres, deben ser prioridad de quienes conforman la Iglesia. Monseñor sostenía que esta se encuentra configurada como Pueblo de Dios, desde una perspectiva profundamente maternal y no tanto magistral; por lo tanto está facultada para asistir el proceso de liberación del ser humano (Matamoros, 2020).

Su labor en coherencia con su pensamiento le permitió apoyar a la gente que reclamaba su libertad. Monseñor Alberto Luna Tobar encontró ya un trabajo político por parte de algunos sacerdotes de izquierda y el trabajo en

comunidades con algunos sectores agremiados, como los de UNAZAY, y de ciertas cooperativas populares y parroquias concretas, como la de Sayausí, con sectores laicos comprometidos. Sin embargo, con la trayectoria adquirida en el Azuay, impulsó el desarrollo de una Iglesia que participe por la defensa de los derechos de la población. Por ejemplo en el año 2000 lideró junto a estudiantes, trabajadores, campesinos, y diversos sectores sociales la protesta en contra del Feriado Bancario, la dolarización, medidas impuestas por el entonces presidente Jamil Mahuad, que luego de estas movilizaciones populares, sería derrocado del poder ejecutivo (Piedra, 2017).

Monseñor Luna acompañó incansablemente a quienes de manera permanente fueron excluidos, para que sus pedidos sean escuchados. Defendió las causas más radicales de las luchas sociales; la plurinacionalidad de los pueblos indígenas, las exigencias de las mujeres. Sin embargo puso su interés con especial dedicación en la realidad de los pobres. Atendiendo a las necesidades de este sector, organizó Comités de solidaridad; presidió la Comisión de la Verdad en Ecuador; e fue integrante de la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos, organismos que están comprometidos con la práctica de denuncia y defensa de los derechos de las personas. Veló siempre por la protección y promoción de los valores de la vida, la justicia, la seguridad (Cuví, 2017).

En palabras de monseñor Luna: “La conciencia de pobreza, cobra una personalidad social exigente y adquiere una fuerza liberadora.” (2001: 31) Afirma que toda evangelización tiene que ser liberadora, y el espacio propio de la liberación es la comunidad.

Es un tanto difuso el situar a Proaño y Luna en dos vertientes: al primero, dentro de una opción preferencial por los indígenas, y al segundo en una opción preferencial por los pobres. En América Latina los pobres son en su mayoría indígenas, y en general, la teología de la liberación plantea, la “opción preferencial por los pobres”, sin una clara distinción entre las dos opciones. Pero se han tomado estas dos opciones como vía de análisis.

Monseñor Alberto Luna Tobar empieza teniendo un compromiso en el círculo de algunos curas comprometidos políticamente con la izquierda, que tenían ya una gestión con las bases de la población de algunas parroquias de las que fueron párrocos. Parroquias no necesariamente pobres a nivel extremo,

como sí lo eran las de la provincia de Chimborazo. El otro sector, como sucede en muchos países, fue un sector de la Iglesia que, en unos casos era abiertamente de derechas, y en otro, si se quiere el mayoritario, era un poco indiferente a la posición política, pues se dedicaba a cumplir con la administración de los sacramentos y el mantenimiento del culto religioso.

Entonces surgieron tres sectores en la Iglesia en el Azuay clasificados de la siguiente manera:

- Un sector de derechas: representado por monseñor Miguel Cordero, Protonotario Apostólico, y el Padre César Cordero Moscoso, fundador y Rector de la Universidad Católica de Cuenca. En el caso del segundo, con posiciones conservadoras declaradas;
- Un sector “apolítico”, mayoritario, representado por la mayoría de sacerdotes de la provincia;
- Un sector de izquierda, con algunos curas políticos de izquierda que habían generado grupos de base política en algunas parroquias.

Los grupos identificados con la izquierda a la llegada de monseñor Alberto Luna al Arzobispado del Cuenca representaron para él la mejor opción, a la que apoyó, y con cuyos representantes trabajó. Por eso aquí en el Azuay, fue fundamental su labor. Pues diversas entidades fundadas con su apoyo lograron la defensa de quienes más necesitaban.

En referencia a su conexión política con la izquierda, es necesario resaltar que no es un factor negativo, ya que como se verá no fue por ansia de poder, apoyo a una candidatura o por pertenecer a algún partido político. La política no es ayudar al otro, sino crear instituciones que permitan la organización de la gente, para generar ayuda de acuerdo a las necesidades del sector. Es un medio que -indirectamente al relacionarse con la sociedad- Luna utilizó para el cuidado del otro, como mencionaría Boff en su obra. Luna Tobar encuentra tres posibilidades para su administración, y opta por la que considera más importante o la que garantice de alguna forma más beneficios para los habitantes en un contexto social.

Capítulo III

En este último capítulo se procede a comparar los principios de la teología de la liberación con el pensamiento político, filosófico y teológico y la acción pastoral de Mons. Alberto Luna Tobar desde su opción preferencial por los pobres. En un primer momento se tomará en cuenta las homilías que formaban parte de su discurso diario, pues es de vital importancia analizar su pensamiento y compararlo con la teología de la liberación. Luego en base al pensamiento de monseñor Luna se describirá su acción pastoral, es decir qué tipo de ayuda brindó a los pobres y a la sociedad y qué acciones importantes marcaron su vida. Finalmente se indicará por qué su labor es innovadora o diferente a lo que establece la Iglesia y cómo la fusiona con los principios político-filosóficos de la teología de la liberación.

La Teología de la Liberación en el Pensamiento Político-Filosófico y Acción Pastoral de Monseñor Luna Tobar

En la descripción del pensamiento político filosófico de monseñor Luna Tobar, se deben analizar de manera especial las homilías que formaban parte de su diario vivir. A través de sus sermones monseñor no sólo brindaba una palabra de esperanza sino que cuestionaba de manera directa a los poderes corruptos de su época y las injusticias que identificó en la sociedad ecuatoriana y azuaya a lo largo de su vida. En segundo lugar, se indagan los hechos importantes y el método innovador con el que transformó -dentro y fuera del Azuay- la vida de la población marginada, a consecuencia de sus ideales y actitudes de compromiso que constituyen su labor pastoral.

Los principios de la pastoral de Luna Tobar fueron:

- Defender los derechos humanos.
- Renovar la Iglesia del Azuay y volverla cercana a las necesidades de sus habitantes.
- Asumir la evangelización como un compromiso sociopolítico que apoye la organización popular.
- Guiar a la sociedad a formar parte de la construcción de un proyecto liberador.

- Fomentar la opción ecuménica (diálogo interreligioso) como medio para la consecución de una sociedad más justa e igualitaria.

Pensamiento Político-Filosófico

El Pensamiento Social de la Iglesia desde 1891 dejó de preocuparse solamente por cuestiones de índole teológica y moral para pasar a reflexionar y pronunciarse sobre asuntos económicos, políticos, científicos, tecnológicos, ambientales y sociales; desde la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum* (1891) hasta *Fratelli tutti* (2020) los Papas de la Iglesia católica han reflexionado sobre diversos aspectos que están relacionados con la vida social del ser humano, desde las míseras condiciones en las que se encontraban los obreros en la era de la Revolución Industrial hasta los problemas causados por el progreso científico-tecnológico de la actualidad. Y con seguridad puede afirmarse que la Iglesia católica, a partir del Concilio Vaticano II, realizado entre los años 1962 y 1965, experimentó cambios radicales en la forma de evangelizar y renovó la manera de vivir la fe; para ello se eliminaron ciertas restricciones que anteriormente limitaban el acceso al culto religioso y a la vida de la Iglesia; así por ejemplo se quitó el latín como lengua oficial de las celebraciones eucarísticas; reforzaron estos cambios la aparición de una nueva corriente teológica en Latinoamérica durante la década de los años sesenta, la teología de la liberación, cuyo principal postulado es considerar que el Evangelio exige la opción preferencial por los pobres. En ese contexto varios teólogos de América Latina empezaron a enmarcar su acción pastoral dentro de la nueva corriente teológica, la cual acrecentó su influencia mediante la filosofía de la liberación que también surgió por esa época en esta región del planeta; el Ecuador no quedó fuera del influjo de la teología de la liberación pues se conoce de la trayectoria de algunos destacados representantes como el jesuita Pedro Niño Calzada, monseñor Leonidas Proaño, y el carmelita Alberto Luna Tobar, de quien en las siguientes líneas se describirá su pensamiento político y filosófico.

El pensamiento de Alberto Luna Tobar está resumido en sus homilías y artículos de periódico, que se encuentran plasmados en obras de diversos autores, quienes lo catalogan como un hombre identificado con las causas de la sociedad, que desarrolla la misión de construir el bien común, o en términos

cristianos, construir el Reino de Dios (Cabrera, 2017) . En toda su literatura se puede vislumbrar claramente que su pensamiento siempre estuvo enfocado en la reivindicación de los derechos de la población permanentemente marginada de la sociedad civil como son los pobres, los indígenas y las mujeres.

El filósofo Aníbal Quijano en su obra *Colonialidad de poder, eurocentrismo y América Latina*, sostiene que la marginación llegó a Latinoamérica con la colonización europea, se impusieron criterios del eurocentrismo para medir o calificar el grado de desarrollo intelectual, cultural y económico de esta región y así se establecieron las relaciones de poder entre dominantes y dominados, los primeros fueron los colonizadores y los segundos la población americana. Inclusive esta relación se mantiene hasta hoy, pues todavía existen grupos de personas que son excluidos, explotados y dominados por unas minorías que concentran la riqueza y la administración de los Estados.

Monseñor Luna identificó que la situación antes descrita también se daba en la sociedad ecuatoriana, para el año 1990 según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), el 60% de la población ecuatoriana vivía en condiciones de pobreza, esto motivó a Luna Tobar a la búsqueda constante de la reivindicación de los derechos humanos de los marginados, en sus propias palabras manifestaba que “esa labor corresponde esencialmente a mi deber pastoral y a las normales exigencias de la fe cristiana” (Luna, 2001: 2) y así desde su posición como obispo, profesor universitario, articulista de prensa y escritor difundió y puso en práctica el ideario de una sociedad más justa y solidaria, en concordancia con los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

El tercer arzobispo de Cuenca mientras forjaba su pensamiento, a más de la difícil situación de los marginados tuvo que asimilar también el acontecimiento de sucesos con trascendencia mundial para plasmar sus ideas en realidades, entre los más relevantes constan la caída del comunismo, el fin de la Guerra Fría, la entrada del mundo a la era de la globalización, el levantamiento del Movimiento Indígena en el Ecuador, la preocupación de ciertos países por el cambio climático, y ante todos estos sucesos monseñor Luna debía interponer mensajes de aliento y esperanza para los grupos de la población que estaban excluidos, a quienes se les había negado el acceso a ciertos derechos fundamentales y se les había denigrado su dignidad humana, condenándolos a creer que su realidad era la que les tocó vivir y nos les quedaba más opción que

resignarse y aceptarla. Esta última situación fue fundamentada en base a los indicadores de desarrollo de los países del norte, por los cuales ninguna sociedad latinoamericana podría haberse desarrollado tanto como alguna potencia europea o la estadounidense; eso llevó a que Latinoamérica sea calificada como el tercer mundo, naturalizando así la subordinación de las naciones de esta región a las decisiones e intereses de los países del llamado primer mundo.

Al respecto Aníbal Quijano señala que “el factor de articulación de la sociedad es el poder” (2001) y que desde el inicio de la conquista de América se estableció un patrón de poder “mundial, moderno/colonial, capitalista, eurocentrado y patriarcal” (Quijano, 2001) bajo el cual se instauró una estructura de dominación de los europeos a los americanos, con la raza como criterio de clasificación social y el sexo-género como criterio de clasificación jerárquica. Esto según Enrique Dussel provocó la negación y encubrimiento del otro, lo que legitimó históricamente la marginación y opresión a ciertos sectores de la población como son los indígenas, campesinos, afro-descendientes y mujeres. Ante esta situación monseñor Luna manifestaba que

América Latina es un espacio del mundo en el que la defensa de los derechos humanos es imprescindible frente a las condiciones y mentalidades sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas que le son características a todas sus naciones, por su situación en el proceso de desarrollo humano. (Luna, 2001, p. 75)

Y en esa línea, la de defender los derechos humanos, él desarrolló su pensamiento y su acción pastoral sobre todo cuando estuvo al frente de la Iglesia de Cuenca. Era un convencido de que la dignidad humana, constituye la base fundamental para la reivindicación de los derechos que arbitrariamente les habían sido negados a ciertos grupos de la población; esto concuerda con lo que sostiene el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* sobre el respeto a la dignidad humana:

Una sociedad justa puede ser realizada solamente en el respeto de la dignidad trascendente de la persona humana. Ésta representa el fin último

de la sociedad, que está a ella ordenada...La persona no puede estar finalizada a proyectos de carácter económico, social o político, impuestos por autoridad alguna, ni siquiera en nombre del presunto progreso de la comunidad civil en su conjunto o de otras personas, en el presente o en el futuro. Es necesario, por tanto, que las autoridades públicas vigilen con atención para que una restricción de la libertad o cualquier otra carga impuesta a la actuación de las personas no lesione jamás la dignidad personal y garantice el efectivo ejercicio de los derechos humanos. (Pontificio Consejo, 2004, p. 45)

En tal virtud, monseñor Luna afirmaba que era necesario insertar en la cultura de la sociedad azuaya, sobre todo la rural, la idea de que vivir empobrecidos y recibir constantes humillaciones por parte de los grupos de poder no es un designio divino o algo humanamente legítimo, sino la falta de reacción ante tales atropellos, ante los que ni siquiera la Iglesia católica se había manifestado. Esa realidad tenía que cambiar; y así fue como ya siendo arzobispo de Cuenca, Alberto Luna Tobar aparece en la vida pública de la sociedad denunciando los atropellos y la violación de los derechos humanos, enfrentándose así al régimen represivo del entonces Presidente de la República León Febres-Cordero.

El Padre Rafael Cabrera en su obra *Pastor y Profeta para nuestro pueblo* recoge el testimonio de un campesino llamado César Cabrera Fajardo, quien afirma que monseñor Luna visitó las comunidades campesinas más alejadas “invitándonos a la unidad y a organizarnos para hacer escuchar nuestra voz, evitando así la exclusión y discriminación; que nos veamos no solo como productores de alimentos para el mercado sino como seres humanos con derechos y obligaciones” (Cabrera, 2017, p. 215). Así fue como impulsó la conformación de organizaciones campesinas como la Unión de Organizaciones Campesinas del Litoral UROCAL o la Unión de Organizaciones Campesinas del Azuay UNAZAY, espacios desde donde el campesinado se unía para exigir la reivindicación de sus derechos y a la vez protestar contra toda forma de injusticia, persecución y privación de la libertad. Monseñor motivaba a los campesinos a liberarse de la opresión y la prepotencia de los poderes del Gobierno y a través

de sus homilías y conversaciones transmitía un mensaje de aliento para los oprimidos y excluidos del campo y la ciudad.

En lo político Alberto Luna Tobar estaba convencido de que la Iglesia tiene conciencia política clara respecto a la visión del bien común y la definición del ser humano como sujeto de derechos y obligaciones. Afirma que el Estado es el responsable máximo de la organización comunitaria y lo comunitario es sinónimo de estatal, por lo que está llamado a promover la auténtica democracia o participación social del poder, y para ello tiene que abolir radicalmente paternalismos, populismos y caudillismos. A este propósito del Estado la Iglesia tiene la obligación de contribuir mediante la educación política, con ello la población evita idolatrar poderes y consagrar intereses personales de los gobiernos de turno. (Luna, 2001). Mantenía la concepción de que “lo democrático es lo más cercano a lo universal” (Luna, 2001, p. 42) pues en democracia hay libertad y al haber libertad existe también la garantía de que los derechos serán accesibles para todos. Y al referirse a todos, no significó que se haya enmarcado en el comunismo, como falsamente lo acusaban ciertos detractores, calificándolo de “obispo rojo”, sino que más bien hacía referencia una tendencia a la inclusión de los grupos sociales históricamente marginados.

Señalaba que la Iglesia de América Latina pedía a sus fieles tolerar solamente un régimen democrático, pues ya se había vivido la experiencia de ser gobernados por regímenes monárquicos y dictaduras militares. Inclusive cuando monseñor Luna empezaba su misión pastoral en Cuenca, el Ecuador había retornado a la democracia con el Dr. Jaime Roldos. Asimismo sostenía que la democracia debe sustentarse en tres condiciones fundamentales:

- Conocimiento completo y respeto total de la inmensa área humana de marginación, que hace el substrato humano de nuestras nacionalidades.
- Necesidad de que el voto elector esté respaldado por una solvencia estatal de todo orden, desde el económico hasta el jurídico.
- Necesidad reeducadora de la conciencia política, contra toda presencia o rezago de los personalismos sociales. (Luna, 2001, p. 43)

Estas condiciones permitirían que los regímenes democráticos fortalezcan su accionar, interviniendo conforme a las realidades que vive cada pueblo. Según monseñor Luna, el compromiso que la Iglesia debe establecer con los gobiernos de democracia es el de contribuir con la educación política de los pueblos, lo cual implica concientizar a la población sobre la importancia de la paz y la justicia como valores primordiales que garantizan el bienestar de todos y que a la par pueden traducirse como las categorías del Reino de Cristo descritos en el Evangelio. Por otra parte educar políticamente a la población significa también prepararla para no aceptar acríticamente las imposiciones de los gobiernos, sino al contrario rechazar enfáticamente todo aquello que atente contra la dignidad humana y comprometa los intereses colectivos. Monseñor fue consciente de que la política está en medio de la sociedad, en los espacios públicos y en la cotidianidad de la actividad comunitaria, más que en los organismos de gobierno o los reducidos conglomerados de poder.

Otro elemento que consta dentro del pensamiento político de monseñor Luna es la ecología, afirmando que debe considerarse lo ecológico como la “síntesis universal de la relación tierra – hombre” (Luna, 2001) y que por lo tanto es necesario que, se tomen medidas urgentes para conservar el patrimonio ecológico de América Latina. La política forma parte de la cultura de los pueblos; por esa razón es por lo que monseñor recomienda que en la cultura de los pueblos latinoamericanos deben infundirse las siguientes exigencias para el cuidado del medio ambiente:

- conservación de la tierra toda y de cuantos recursos contiene el mar;
- protección de la selva y reforestación;
- uso controlado del agua dulce;
- racionalización del consumo de reservas no renovables;
- uso de energías no poluentes, originadas solo en fondos renovables;
- paulatina disminución de todo agente de polución;
- utilización de recursos biodegradables;
- intensificación del reciclaje de desperdicios. (Luna, 2001, p. 46)

Estas exigencias serían los pilares para que desde la Iglesia también se promueva el cuidado de la naturaleza, de la que el hombre es parte integrante,

acciones con las que se puede cambiar el hecho de que Latinoamérica sea solamente abastecedora de materia prima para el desarrollo del primer mundo, pero que a cambio ha recibido solamente destrucción de sus ecosistemas y consecuentemente el agotamiento de recursos naturales que seguro se necesitarán en el futuro para satisfacer las necesidades de su propia población.

Gracias a la cercanía que tuvo con la gente y su infatigable acompañamiento en la solución de los problemas, Alberto Luna Tobar marcó una etapa muy importante en la Iglesia. Al asumir la defensa de los más desprotegidos, hombres, mujeres y niños empobrecidos, monseñor mantuvo una actitud entusiasta. Sus sermones le permitieron al mismo tiempo anunciar la Buena Nueva y denunciar con fuerza la injusticia.

Factor importante de su vida sacerdotal que ratificó su título de defensor de los derechos humanos es que proyectaba su labor hacia una sociedad más democrática y menos autoritaria. En su libro *Universidad y Fe* (2001) están plasmados algunos de los discursos más importantes a los que monseñor Luna -como docente- recurría para el curso de Teología en la Universidad del Azuay. Como se ha mencionado anteriormente, Luna no era un sacerdote común dedicado únicamente a su labor religiosa; era una persona polifacética con cercanía a la sociedad sin distinción de edad o condición social.

Son diversos temas que monseñor comparte en esta obra con los universitarios, con el objetivo claro de que ellos alcancen la excelencia académica y los valores que caracterizan o deberían caracterizar a los seres humanos; fundamentalmente el valor de la solidaridad.

Promoción Humana

La disponibilidad para acompañar en la lucha de su liberación a cada uno de los habitantes surge por las diversas condiciones o acontecimientos que le tocó vivir durante su obispado en el Azuay. Situaciones como la tragedia de la Josefina, la emigración, la escasez del clero y la pobreza de los campesinos, entre otras. En consecuencia, Luna formó una comunidad de fe pero a su vez una sociedad en la que todos puedan ayudar al otro. Mediante sus conversaciones animaba a cada individuo a poner en práctica esta fe con obras

de misericordia, sentido de solidaridad y a compartir con quienes estaban desprovistos de los recursos esenciales para la vida.

Como manifiesta Castillo (2017, p. 117), “sus homilías llenaban tanto la vida que abastecía el alma y bastaban para salir al mundo con nuevas esperanzas”. En este sentido, se entiende que monseñor Luna fue un discípulo del Evangelio de Cristo y compartía su palabra con los más pobres. A más de su entrega total a la vida religiosa en la Orden de los Carmelitas Descalzos, algo que se debe destacar de Alberto Luna, es que su vinculación con los más pobres le permitió enlazar lo social y político con lo humano. Consecuencia de esto, intervenía en el dolor que los oprimía, denunciando el poder que ejercía la corrupción abusivamente sobre ellos, y buscaba la convivencia bajo el bien común que garantice mejorar las condiciones de vida de sus defendidos.

Justicia

La justicia según el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* es “el criterio determinante de la moralidad en el ámbito intersubjetivo y social” (Pontificio Consejo, 2004, p. 63), concepción que junto con el principio de solidaridad del pensamiento social de la Iglesia, se convirtió en un tema que tuvo gran relevancia en la labor pastoral de monseñor Alberto Luna. Él decía “busquemos la justicia y construiremos un mundo nuevo” (Luna, 2001, p. 136), esto en concordancia con lo que dice el Evangelio “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y el resto vendrá por añadidura” (Mateo, 6:33). Así pues monseñor hizo de la búsqueda de la justicia no solamente una herramienta de defensa de los derechos, sino el verdadero motivo para promover la recuperación de la dignidad humana y de los valores de la vida de las personas históricamente excluidas. En otras palabras, no se apegó solamente a la norma -lo netamente intelectual o académico- sino más bien a la persona; por ello manifiesta que la inteligencia académica tiene una deuda social bastante grande con los pobres y marginados, deuda que puede traducirse en la falta de justicia social, la cual según el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*:

Representa un verdadero y propio desarrollo de la *justicia general*, reguladora de las relaciones sociales según el criterio de la observancia

de la *ley*. La *justicia social* es una exigencia vinculada con la *cuestión social*, concerniente a los aspectos sociales, políticos y económicos y sobre todo, a la dimensión estructural de los problemas y las soluciones correspondientes. (Pontificio Consejo, 2004, p. 63)

Monseñor Luna había sido testigo de grandes problemas relacionados con las injusticias sociales que se daban en las comunidades rurales del Azuay, pues muchos campesinos e indígenas carecían de “acceso a la tierra, al agua para consumo humano y riego; carreteras para llevar la producción a los mercados, escuelas, colegios y maestros para las comunidades campesinas, subcentros de salud y médicos” (Cabrera, 2017, p. 216) solamente por el hecho de vivir en las zonas aledañas a las zonas urbanas, y por quienes los gobiernos de turno casi nada habían hecho para mejorarles su nivel de vida. Frente a ello monseñor trabajó incansablemente, junto a las comunidades y sus líderes, más los catequistas y colaboradores de la Iglesia por la consecución de una sociedad más equitativa y con menos exclusión. Estaba convencido de que la justicia tenía que alcanzarse en este mundo mediante la reivindicación de los derechos de los grupos de población marginados, por ello “se enorgullecía de ser el portaestandarte de las causas sociales más radicales de las luchas sociales: la plurinacionalidad de los pueblos indígenas, las exigencias de las mujeres y de las comunidad LGBTI, la defensa de los derechos humanos” (Cabrera, 2017, p. 210). Los problemas ocasionados por las injusticias sociales no podían continuar ocurriendo sin importancia ni reacción por parte de la Iglesia y el Gobierno. En una de sus homilias realizadas en el santuario de Andacocha, monseñor manifiesta “yo no puedo vivir mi comodidad, mis defensas, mi luz, mi suerte, mientras hay seres que no tienen más amistad que la del áspero ladrillo, sin suerte” (Cabrera, 2017, p. 23). Asimismo, declara que es necesario sufrir una humillación para entender a los que siempre son humillados.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* señala que “la sociedad asegura la justicia social cuando realiza las condiciones que permiten a las asociaciones y a cada uno conseguir lo que le es debido según su naturaleza y su vocación” (Comisión de cardenales y obispos para el CCE¹, 1997, p. 189) y en esa línea

¹ *Catechismus Catholicae Ecclesiae*. La comisión de cardenales y obispos que redactaron el documento recomienda que lo se represente por las siglas CCE.

monseñor Luna refiriéndose a la justicia manifiesta que todos los seres humanos deben experimentar de manera igualitaria un plan auténtico de desarrollo comunitario. Pero el desarrollo al que se refiere Luna Tobar no es el mismo que para los economistas -visto como un crecimiento monetario-, sino un desarrollo en cuanto a la persona, pues “la justicia social solo puede ser conseguida sobre la base del respeto de la dignidad trascendente del hombre” (CCE, 1997, p. 254) Si es que la búsqueda de la justicia se concentra solamente en la concepción de desarrollo planteada por los economistas no resultaría ser más que un desarrollo económico en función de que las personas puedan realizarse enfocadas en el progreso monetario, pero esta es una posición incompatible con la filosofía de monseñor Luna ya que él enfatiza la necesidad de que ciertos factores -empatía por ejemplo- contribuyan a la creación de una sociedad más justa y solidaria, que reivindique los derechos de los marginados y los haga partícipes activos de la justicia y lo justo.

Bien Común

La vida de comunidad es una característica propia del cristianismo, así en las primeras comunidades cristianas “Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba.” (Hechos, 2: 44-45) En este punto se evidencia que el cristianismo tiene claro que todas las cosas deben ser para beneficio de la humanidad y el hombre mismo, inclusive en ese entonces ya se abordaba la cuestión de la comunidad de bienes:

La multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que todo lo tenían en común...No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que tenían campos o casas los vendían y ponían el dinero a los pies de los apóstoles, quienes repartían a cada uno según sus necesidades. (Hechos, 4: 32-35).

Aunque la teología de la liberación no se relaciona explícitamente con el comunismo cristiano, concuerda en aspectos específicos, sobre todo en los

económicos, por ejemplo rechazan la explotación capitalista de la clase obrera, y la suplantación de valores como la bondad por la codicia y el egoísmo, a causa de esa explotación.

En la Doctrina Social de la Iglesia se establece que corresponde al Estado defender y promover el bien común de la sociedad civil. De este modo, considera Luna que una sociedad más justa es aquella que permita que una persona pueda desarrollarse; la defensa de su libertad y decisión personal; actitudes afectivas para mejorar su convivencia con otros; su educación con una formación de acuerdo a su época; un estatus social que garantice su bienestar y condiciones de vida; su capacidad de servicio a la comunidad, entre otros (Luna, 1987).

Como sacerdote está llamado a aportar al bien común de la sociedad; como hombre cristiano tiene derecho a optar por una ideología o partido político. Monseñor supo llevar estos dos elementos con su compromiso eclesial. Esto no quiere decir que se inclinó por un partido político, pero, gracias a sus preferencias y mediante sus homilías, defendía las causas de la gente pobre frente al poder.

La vida de monseñor Luna Tobar, como lo afirma Ochoa (2018), fue sinónimo de entrega y amor. Vivió su compromiso con los pobres como sacerdote y amigo del pueblo, con proyección a asistir a las necesidades de los otros como a las suyas. Por esta razón monseñor sostenía que se debe edificar la Iglesia como una familia de puertas abiertas, solidaria y acogedora. Se definía a sí mismo como un obispo comprometido con la gente en la Iglesia. Y es precisamente esta convivencia comunitaria la que permite mirar la realidad de su entorno y responder con prontitud a los problemas para solucionarlos. Así fue como el pensamiento de monseñor Luis Alberto Luna Tobar le permitió transformar la Iglesia del Azuay.

Acción Pastoral

A su llegada a Cuenca monseñor Alberto Luna se planteó un objetivo claro, distanciarse de la Iglesia tradicional y forjar una Iglesia comunidad; el reto era cambiar el discurso de la fe por acciones concretas para recuperar la dignidad humana de la cual injustamente se les había despojado a los grupos de población marginada. Esto implicaba “marcar distancia entre la indiferencia y el compromiso, entre la comodidad y la entrega” (Cabrera, 2017, p. 176)

alineándose así con los postulados de la teología de la liberación, pues le había conmovido el sufrimiento del pueblo que se le había encargado como Pastor por lo que era necesario implementar un nuevo modelo de gestión en la administración de la Iglesia cuencana.

Estaba consciente de que el individualismo era un mal arraigado en los grupos de población marginados, lo que agravaba más la difícil situación en la que vivían; por eso exhortaba siempre a la unidad de las comunidades. Decía siempre “los latinoamericanos creemos en la comunidad” (Luna, 2001) por ello era necesario hacer a la Iglesia parte también de una comunidad.

Según la versión del Padre Marco Matamoros Pereira hasta antes de la llegada de monseñor Luna en Cuenca había una Iglesia autofinalizada con escasa incidencia social en lo referente a los derechos humanos, especialmente de los pobres. Aquí es preciso señalar que la sociedad cuencana ha sido muy conservadora. Entonces, si la estructura social se había organizado de cierta forma, así debía permanecer; no habría motivo ni necesidad de modificarla; sin embargo, con el arzobispo carmelita “se inauguró en Cuenca otro tipo de acción religiosa junto al pueblo. Acompañar al pueblo, defender sus derechos, crear por todas partes organización, conciencia, espacios y lugares de formación y un Evangelio de acompañamiento a la piedad popular” (Cabrera, 2017: 140), metodología con la que, según el actual obispo auxiliar de Cuenca Bolívar Piedra, la Iglesia tradicional se fue convirtiendo en Iglesia comunidad.

Monseñor Luna organizó una Iglesia comunidad, que fortaleció su deber con las causas de la gente marginada, empobrecida, en situaciones de abandono, etc., por lo que en sus discursos comparte su mensaje para llegar a las personas y cambiar su perspectiva de la vida. Luna cree que es importante que la Iglesia esté comprometida con toda la población y que esta población este comprometida con cada uno de sus habitantes.

Evangelización

Entre las prioridades para lograr esta convivencia está la evangelización y dentro de ella se desarrollan tres aspectos importantes. En primer lugar el trabajo de pastoral familiar. Aquí se deben aprovechar los espacios que brindan la catequesis y los movimientos apostólicos. En segundo lugar la formación de

laicos. Tomarlos como líderes de cambios positivos en la sociedad, hombres y mujeres que tomen conciencia de su vocación y misión en la Iglesia. Y por último la pastoral juvenil. Esta es una organización en cada parroquia a través de grupos culturales, recreativos, que llamen la atención de los jóvenes a una Iglesia acogedora. Este proceso tiene el único objetivo de plantearse una entrega total y generosa a Dios, en la vida sacerdotal pero también servir a la sociedad y a la comunidad a la que pertenece (Pérez, 2017).

La teología de la liberación estuvo presente en Luna Tobar, pues conforme a las conferencias episcopales de Medellín y Puebla, su pensamiento fue forjando la idea de diseñar una Iglesia distinta con una opción preferencial por los pobres. Su frase “los pobres son el Evangelio que me evangelizó” fue la característica mayor que marcó la labor de Luna porque fueron lustradores de zapatos, vendedores de periódicos, mendigos, hombres y mujeres con limitados recursos para vivir quienes formaban parte del trayecto pastoral de monseñor (Luna, 1987).

A sus discursos lúcidos y directos, pronunciados con personalidad, monseñor los complementaba con actividades sociales, organizacionales, vivenciales y de acompañamiento que garantizaban la facilidad para comunicarse pero sobre todo de captar rápidamente la voluntad de quienes lo escuchaban. Aspectos de su vida que proporcionaron cierta inquietud en la población azuaya. Por un lado obtuvo aceptación de la mayoría pues gracias al impulso que brindaba, las personas empezaban a organizarse y cuestionar las resoluciones gubernamentales, y todo tipo de abuso o desigualdad que aquellas generen; y fue precisamente por este comportamiento que -políticos conservadores- criticaban su labor y lo catalogaron como un sacerdote de tendencia comunista, calificativo que está totalmente fuera de contexto porque, como se ha manifestado anteriormente, monseñor Luna nunca se declaró afín a ningún partido o movimiento político.

Servicio a la sociedad

Luis Alberto Luna Tobar fue quien instauró una Iglesia con planes, objetivos y metas originarias de la emergencia en respuesta a las realidades sociales, económicas, espirituales de la sociedad. La labor llevada a cabo por

monseñor Luna se identifica con la teología de la liberación pues su acción pastoral evidencia un progreso en base a la línea de renovación teológica y pastoral de la Iglesia, impulsada a partir del Concilio Vaticano II y de los encuentros celebrados por el CELAM en Medellín y Puebla.

A continuación se describirá su acción pastoral para exponer su metodología, que le permite ser reconocido como “El obispo de los pobres”. Esta descripción es importante pues proporciona la visualización de la relación que guarda su pensamiento y acción con los principios de la teología de la liberación. Luna exhibe también su pensamiento y obra en acontecimientos importantes que se desarrollaron en el contexto eclesial: El II Encuentro Latinoamericano de Comunidades Eclesiales de Base y la Consulta de Obispos de América Latina y el Caribe.

En el año de 1984 se cumplió el II Encuentro Latinoamericano de Comunidades Eclesiales de Base en la ciudad de Cuenca; con la asistencia de doscientos veinte representantes, quienes expusieron la realidad que viven sus países. En este encuentro los ejes centrales fueron la práctica profética de las comunidades de base en la comunidad cristiana como alternativa de servicio; la comunidad cristiana y la organización popular y la espiritualidad como Iglesia de los pobres. Con el discurso de Luna Tobar se fortalece el proceso de trabajar por los pobres. La actitud de monseñor Luna es el testimonio de esta concepción, su predisposición al servicio de la comunidad y la natural relación con las organizaciones populares por la lucha de justicia.

En 1986 se desarrolla la Consulta de Obispos de América Latina y el Caribe, un hecho histórico para la Iglesia de nuestro país pues debido al apoyo de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana este suceso fue realizado en la ciudad de Cuenca. Fueron partícipes de este encuentro sesenta delegados de países como Brasil, Chile, México, Panamá, Nicaragua, Antillas, etc. Lo relevante de este evento fue la visita a comunidades rurales ejecutada con la metodología de ver, juzgar y actuar. Es un aspecto sobresaliente porque los asistentes en base a estas visitas guiadas por monseñor Luna analizaron la situación económica, social y política que tienen en común los pueblos de América Latina, usándola como precedente para la renovación de la Iglesia.

Las conclusiones de la Consulta de Obispos de América Latina y el Caribe asumieron como finalidad la participación activa de los habitantes dentro de sus comunidades. Para ello se detallaron ciertas opciones pastorales.

- El compromiso de evangelización; asumir el compromiso sociopolítico apoyando y promoviendo la organización popular.
- La opción por la paz; la cual permite promover y defender los derechos humanos pero sobretodo denunciar y apoyar el derecho de los pobres.
- La opción de renovación de las Iglesias; conlleva la alteración de la estructura y la metodología, orientando la ejecución de actividades al servicio de las necesidades del pueblo.
- La opción ecuménica; aborda la idea del desarrollo de la unidad entre Iglesias y su permanencia dispuesta en la opción preferencial por los pobres con un propósito liberador.
- La opción por la esperanza; en busca del proyecto liberador es necesario dirigir a la sociedad, apoyarlos para que se organicen y sean parte de la construcción del proyecto de liberación. (Rodas, 2017, p. 112)

Siendo partícipe de este proceso monseñor Luna aborda de forma práctica la aplicación de estos apartados. Como se ha podido apreciar, estos forman parte de su técnica o método para combinar el Evangelio con el contexto social de los más necesitados. Se evidencia indudablemente la presencia de estas opciones pastorales en su proyecto de vida, debido a su actitud profética, su capacidad de diálogo, su compromiso eclesial. Cuestiona a la Iglesia preguntando ¿Qué has hecho Madre y Maestra, por arriesgar tu Evangelio y tu evangelización ante la ausencia de formación política en la población ecuatoriana? (Luna, 2001). No es suficiente impartir la doctrina eclesial desde el templo o los espacios destinados para ello, sino que es sumamente necesario que el cristiano esté comprometido políticamente para no callar ante la corrupción sino combatirla, pero además para no someterse ante la tiranía ni los regímenes dictatoriales; pues se debe fomentar la moralidad en la administración pública, para que el gobernante, el funcionario y el ciudadano actúen con ética desde sus distintas posiciones. Un claro ejemplo de lo anteriormente mencionado es la protesta de la masa popular que impulsó monseñor frente al

gobierno corrupto de León Febres Cordero (1984-1988). Luna Tobar manifestaba que la corrupción y abuso no permitían condiciones favorables para la vida de la mayoría de la población ecuatoriana (Cabrera, 2017).

El arzobispo Alberto Luna tuvo que enfrentar diversas situaciones en el Azuay durante su gestión; por ejemplo la toma de las haciendas es solo uno de los tantos casos de protesta en contra de la injusticia social que los campesinos azuayos vivían. Este abuso no solo consistía en que se les quitaba sus tierras, sino en dejarlos sin recursos; incluso no se les permitía el acceso al agua para consumo humano, mucho menos para riego. Ante esta realidad, la acción pastoral de monseñor se enfocaba en fomentar la “Iglesia comunidad”, según la cual los hombres deben trabajar juntos para lograr grandes cosas.

Los principios de la teología de la liberación: unidad, solidaridad, justicia y dignidad humana fueron el factor clave para enfrentar circunstancias difíciles; por citar dos ejemplos: el fenómeno de la migración, que ocasionó la división de muchas familias y en muchos casos trajo consigo el empeoramiento de la situación económica de estas; y el caso de la tragedia de la Josefina en el cantón Paute.

Mediante el diálogo y organización con los líderes campesinos, agricultores, ganaderos y productores de alimentos, monseñor propuso y ejecutó alternativas de solución a los problemas de injusticia social que había detectado y conocido de cerca; paulatinamente fue impulsando la creación de una serie de asociaciones, cooperativas, organizaciones locales y comités de desarrollo comunitario con el afán de mejorar la organización de la población y fomentar su capacidad de manifestarse en contra del Gobierno; incluso él mismo los acompañaba a las marchas y plantones. Así entonces según el testimonio del Padre Rafael Cabrera Delgado (2017), monseñor Alberto Luna fue el precursor de las siguientes organizaciones comunitarias: Comité Promejoras de Saglli, Comité del Pueblo de Pucará, Unión de Organizaciones Campesinas del Litoral (UROCAL), Comité Promejoras del Carmen de Pijilí, Unión de Organizaciones Campesinas de Gualaceo (UCCG), Unión de Organizaciones Campesinas Clasistas de Santa Isabel (UNOCC), todas estas creadas con el objetivo de mejorar la tenencia precaria de la tierra; y las cuales además levantaban su voz exigiendo a las autoridades la mejora de la calidad de vida de los campesinos.

En el caso de la catástrofe de la Josefina (1993), la gestión de monseñor Luna tuvo como principal objetivo la reconstrucción de la zona afectada e inició con acciones pequeñas, como la entrega de raciones alimenticias a las familias damnificadas. Con el apoyo de la población se constituyó una organización denominada “Paute Construye”, la misma que se encargaba de evaluar los daños que fueron ocasionados para trazar las estrategias en beneficio de la gente (Gonzáles, 2017). Una de ellas fue el implementar pequeñas tiendas comunales con productos alimenticios de una canasta básica pero con precios accesibles debido a la necesidad que estaba atravesando la población; con el desarrollo de estas tiendas comunales se obtenían los recursos que se utilizaban para entregar a las familias materiales de construcción, víveres, medicina, etc., y así fue como impulsó la búsqueda de financiamiento para las obras programadas, entre ellas la creación de la Cooperativa Jardín Azuayo, como lo afirma el P. Hernán Rodas, quien fuera Vicario de Paute en la década de los años 90. En esa misma época del desastre de La Josefina monseñor Luna también elaboró una propuesta de trabajo para el cantón Paute, denominada “De la Reconstrucción al Desarrollo”, que fue reconocida como excelente pero no contó con el apoyo del Gobierno para su implementación.

El aporte de monseñor Luna fue fundamental para la recuperación de las tierras por los dueños comunitarios, y también para que tengan voz en la sociedad. Así como se preocupó de las familias damnificadas por la tragedia de la Josefina y los problemas que aquejaban al sector campesino, a los productores de alimentos, no dudó en prestar atención al pleno cumplimiento de los derechos de la mujer.

Al estar siempre del lado de los oprimidos, monseñor se comprometió a la defensa de los derechos de la mujer como una línea de trabajo prioritaria, según el testimonio de Alcira Mejía, quien participó de cerca en la labor pastoral de Alberto Luna. Cada vez que él se dirigía a las mujeres a través de sus homilías sembraba en ellas el valor de ser mujer, pues estaba consciente de que la población femenina fue uno de los sectores que más resultó afectado por la crisis socioeconómica que surgió con la emigración de centenares de azuayos hacia Europa y Estados Unidos de América, pues ellas tuvieron que asumir solas toda la responsabilidad del hogar y las labores comunitarias, sumado al riesgo de que

sus parejas una vez que lograran estabilizarse en su destino migratorio se olviden de su familia que quedó en el Azuay.

A través de su mensaje esperanzador incluyó a las mujeres en la organización comunitaria y el servicio pastoral, pese a estar en medio de una sociedad históricamente patriarcal. Asimismo tiene especial relevancia su “sensibilidad hacia la lucha del movimiento de mujeres de los años 80 y 90 plasmada en sus artículos y homilías” (Cabrera, 2017, p. 25), que resultó en el nacimiento de la Pastoral de la Mujer, con Belén Andrade como lideresa, logrando colocar en el centro del catecismo los derechos de la mujer, la discriminación social y la violencia extra e intrafamiliar, y a esta labor se unieron mujeres de la comunidad con acciones concretas como la apertura de la Corporación Mujer a Mujer, estructura que tenía por objeto la recepción de denuncias y el correspondiente acompañamiento legal y psicológico a mujeres que hayan sufrido algún tipo de violencia o abuso.

Luego, igualmente con el apoyo de monseñor, la pastoral social impulsa el proyecto de una casa de acogida denominada Casa María Amor, y finalmente a nivel provincial en 1994 se establece la Red de Mujeres de Azuay, entidad representada por mujeres que han sufrido vulneración de sus derechos y no quieren lo mismo para otras generaciones; y de la que formaban parte varias entidades, universidades, ONGs, movimientos de derechos humanos y la Pastoral de la Mujer; el objetivo de la red consistía en la defensa de los derechos y la denuncia de las injusticias hacia la mujer. El rol principal que monseñor Luna Tobar tuvo en esta red fue el de “motivar a perder el miedo y alzar la voz ante el maltrato, el abuso, el acoso y la discriminación que sufren constantemente las mujeres” (Cabrera, 2017). Afirmaba que el diálogo entre la fe y la razón es lo que permite a este tipo de asociaciones consolidarse en la búsqueda y consecución de una colectividad más justa, inclusiva y solidaria.

Luis Alberto Luna Tobar es considerado un clérigo multifacético; por eso a la lista de destrezas que desarrolló, hay que adicionar su tendencia a la escritura. Si bien ha mostrado su gusto por la poesía, declamando algunas veces al iniciar sus homilías, ejemplares como “Noche Oscura” de san Juan de la Cruz o el reconocido poema de santa Teresa de Jesús “Nada te turbe”, no hay que dejar a un lado una parte importante de su vida como es su rol de periodista de opinión.

A manera de ejemplo se cita a continuación un fragmento del artículo denominado “Fuenteovejuna”, Señor, escrito por Luna Tobar para el Diario Hoy:

Esta Crónica puede molestar a personas con poder; pero indudablemente mucho más molestia, dolor y rabia causó lo que en ella se describe a ciudadanos que no tienen más poder que su fe en la comunidad. Están implicadas en hechos dolosos personas que viven bajo mandos muy altos esos mandos que algunas veces se escudan con fueros especiales o se esconden bajo el signo intocable de ciertas jerarquías. (Luna, 1989, p. 149)

Este artículo, uno de tantos, es la muestra de que los sectores marginados y sin voz, encuentran en monseñor su vocero defensor. Discursos como estos eran objeto de admiración para unos y enojo para otros. Para los intereses políticos y poderosos monseñor era una amenaza ya que empezó a direccionar la Iglesia del Azuay por un sendero social pues no se dedicaba a lo que obligatoriamente le concernía (Rodas, 2017).

Su escritura de discernimiento ha marcado una categoría dentro de su vida eclesial, ya que sus artículos en contra de la corrupción y alentando a la gente a defender sus derechos, plasmados en revistas y periódicos locales y nacionales, fueron el factor para que sus detractores, políticos y personas con poder, e incluso la cúpula de la Iglesia, criticaran su labor de sacerdote. Pese a las murmuraciones era invitado a ofrecer conferencias en la universidad laica, dialogaba con líderes campesinos, e incluso algunas veces le propusieron participar en política como candidato a ocupar las primeras magistraturas del Estado.

Su frontalidad al momento de escribir hizo que se lo considere una amenaza política pues de alguna manera contribuía y formaba parte de las decisiones de la sociedad, y no dedicaba su tiempo a celebrar la eucaristía únicamente con un sermón sobre el Evangelio, sino más bien se enfocaba en la crítica al entorno social. El ejemplo claro de esta situación fue lo ocurrido en 1999, con el famoso Feriado Bancario, que consistió en el congelamiento de los depósitos de ahorristas, y la subsecuente catástrofe económica con secuelas graves de migración y disgregación familiar, acontecimiento que recibió la condena de

monseñor Luna por considerarlo ilegítimo para la ciudadanía y además porque sus efectos iban a impactar con mayor dureza en los pobres, campesinos, mujeres e indígenas, grupos de población a los que siempre defendió, razón por la que luego del feriado bancario el mismo arzobispo de Cuenca movilizó a través de una misa y procesión a la gente del campo y la ciudad, lo cual fue rechazado por la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, una instancia eclesiástica tradicionalista y derechista; sin embargo monseñor junto a su pueblo y a su clero lideró la protesta en contra del atraco financiero y exigía también la salida del Presidente Jamil Mahuad (El Telégrafo, 2017) quien finalmente fue derrocado el 21 de enero del año 2000 por movilizaciones populares de estudiantes y diversos sectores sociales.

En definitiva con todo lo anteriormente expuesto, se puede afirmar que tanto el pensamiento así como la labor pastoral de Alberto Luna Tobar transcurrieron bajo los lineamientos de la teología de la liberación; se alejó de la Iglesia tradicional convencido de que “evangelizar no es imponer mi opinión, mi formación”, y sobre todo de que “se necesita inteligencia humilde, para entrar sin agredir en el alma del evangelizado” (Luna, 2001, p. 14), por eso desmoronando los esquemas tradicionales de su rol de pastor eclesial, implementó el modelo de “Iglesia comunidad” durante su arzobispado en Cuenca, para que a partir de ella se promueva la reivindicación de derechos humanos para los marginados y oprimidos, fomentando así la tan anhelada justicia social.

Capítulo IV

Conclusiones y recomendaciones

Conclusiones

En el contexto de una sociedad tercermundista, azotada por la pobreza, la injusticia, la explotación laboral, la desigualdad y otros males, y luego de que en el Concilio Vaticano II se implementaran reformas litúrgicas y doctrinales, surge en el seno de la Iglesia católica latinoamericana una nueva forma de construir pensamiento y acción pastoral, la teología de la liberación, primera corriente teológica moderna que surgió fuera de Europa con el afán de hacer una evangelización diferente, que se inmiscuye en la dura realidad social de América Latina y que plantea como prioridad la opción preferencial por los oprimidos y marginados, entre ellos los pobres y los indígenas. Es por eso por lo que este trabajo de titulación se hacen las siguientes conclusiones y recomendaciones:

- Primera, la teología de la liberación es liberadora porque aspira a liberar al hombre oprimido de la situación injusta y de desigualdad; por ello desde la Iglesia pretende forjar un hombre nuevo y una sociedad nueva, más justa y fraternal. Es teología porque recoge la reflexión sobre los mismos temas que clásicamente trató la religión cristiana pero implementando un nuevo método, <<“Ver-Juzgar-Actuar”. Se trata de un método orientado a la acción, a reforzar y eventualmente orientar la praxis liberadora de los creyentes, como se ve por el hecho de que desemboca en el “actuar”.>> (Silva ,2009, p. 14) Se propone hacer teología desde una Iglesia afín preferencialmente a los pobres, en donde se practique la fe en situaciones históricas concretas (marginación por ejemplo), tratando de evitar las imposiciones eurocéntricas y dominantes y reflexionando sobre asuntos como la miseria, represión, tortura, esclavitud económica, dignidad humana, etc., propios de Latinoamérica, territorio calificado como tercermundista por parte de las grandes potencias mundiales. En las conferencias episcopales realizadas en Latinoamérica, la teología de la liberación ha encontrado la necesidad de hacer nuevos planteamientos debido a que en cada país existen diferentes requerimientos para mejorar

- y hacer que el nivel del bienestar social alcance a más sectores de la sociedad, sobre todo a los grupos vulnerables o históricamente oprimidos.
- Segunda, si bien la teología de la liberación no fue un asunto tratado en las Conferencias del Episcopado Latinoamericano de Medellín y Puebla, una de las grandes conclusiones que se obtuvo en la conferencia desarrollada en esa localidad colombiana es que todos especialmente quienes viven en la pobreza deben obtener la dignidad humana. La Iglesia ha mantenido un papel pasivo en Latinoamérica con respecto a los problemas evidentes que sufren los individuos en esta región; por ello se ha tomado la decisión de desarrollar una posición más ágil y activa. De la Conferencia de Puebla, la teología de la liberación deduce que la Iglesia debe plantear soluciones o estrategias de acción en función de los requerimientos sociales y no solo quedarse en el plano ideal, alejado de la realidad; para ello es necesario que se rija por los principios de solidaridad, dignificación, organización, liberación, justicia social, resistencia, pasión por la vida, diversidad propios de esta rama de la teología.
 - Tercera, en Ecuador, la teología de la liberación tuvo impacto en la sociedad de la mano de Leonidas Proaño y Alberto Luna Tobar. En el caso de Proaño en Chimborazo, su pensamiento establecía que el indígena debía tener conciencia de su realidad para exigir el respeto a sus derechos. Ser actores de su propio desarrollo con la ayuda de la Iglesia y el apoyo del Gobierno y de esta forma empezar a liberarse de la opresión y la injusticia en que vivían. Por ello y con el objetivo de despertar la conciencia en la gente, que muchas veces desconocía de sus derechos, inaugura las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador, ERPE, uno de los proyectos más importantes de su labor pastoral dedicada a los pobres y a la población indígena y que aún se mantiene en vigencia a través de la Fundación ERPE.
 - Cuarta, la teología de la liberación estuvo presente también en Luna Tobar -en la provincia del Azuay- pues conforme a las conferencias episcopales de Medellín y Puebla, su pensamiento fue forjando la idea de diseñar una Iglesia distinta con una opción preferencial por los pobres. Refiriéndose a la justicia señala que es un derecho del cual todos los

seres humanos deben participar de manera igualitaria en un plan auténtico de desarrollo comunitario. Sus manifestaciones en contra de la corrupción y el hecho de alentar a la gente a defender sus derechos fueron las causas para que “El obispo rojo” sea su sobrenombre, dado por políticos y parte de la sociedad, debido a su preferencia por los pobres de la provincia y la labor que significó estar de su lado. El sentido de unidad fue el factor clave para enfrentar circunstancias, como por ejemplo el fenómeno de la migración (que ocasionó la división de muchas familias, y el deterioro de la situación económica de estas) y un acontecimiento importante como fue la tragedia de la Josefina en el cantón Paute.

- Quinta, el pensamiento y la acción pastoral de Luna Tobar guardan coherencia con los siguientes principios de la teología de la liberación: solidaridad, justicia social, dignificación, diversidad y bien común. Bajo esta orientación teológica y en el contexto de una sociedad conservadora del Azuay monseñor desarrolló su pastoral, de la que se puede destacar la materialización de esos principios en acciones concretas que a continuación se describen:

- Evangelizar promoviendo la organización popular ya que mediante la unidad es posible el mejoramiento de las condiciones de vida paupérrimas injustamente impuestas a los oprimidos. Así monseñor logró conformar organizaciones de campesinos, trabajadores y mujeres en la provincia del Azuay.

- Sostener la defensa de los derechos humanos como estrategia para la dignificación de las personas que habían sido excluidas del resto de la sociedad. La gestación de la Casa María Amor es un ejemplo de que monseñor defendía los derechos humanos, sobre todo de las mujeres. Asimismo fue parte de la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos.

- Dirigir a la sociedad a ser parte de la edificación del proyecto liberador, ya que no podía continuar siendo presa de la situación de injusticia e inequidad. Monseñor Luna despotricaba en artículos de opinión contra la corrupción del Gobierno y las injusticias que cometían los grupos de poder en la sociedad.

- Sustituir la clásica Iglesia que se concentraba en el adoctrinamiento y la adoración litúrgica, por una cercana a las necesidades de los habitantes

de su jurisdicción. Así Luna Tobar promovió en la Iglesia del Azuay la pastoral familiar, la formación de los laicos, la pastoral juvenil y la pastoral social.

-Acoger la opción ecuménica como estrategia para promover la unidad en la diversidad, pues todos forman parte de este planeta y el diálogo interreligioso permite aunar esfuerzos para lograr ese objetivo. Monseñor fue partícipe de los dos Encuentros de Obispos y Pastores de América Latina y el Caribe, estaba convencido de que el ecumenismo permite que los esfuerzos por conseguir la igualdad y terminar con las injusticias, lleguen a toda la población oprimida y no solo a quienes profesan el catolicismo.

- Sexta, la teología de la liberación de monseñor Luis Alberto Luna Tobar le permitió transformar la Iglesia del Azuay, así como las malas condiciones de vida de quienes carecían de recursos económicos e intelectuales para sobrevivir y llevar una vida digna, ratificando su compromiso con la sociedad y con la Iglesia. Medios como la prensa escrita fueron parte de la visionaria labor de Luna Tobar; mediante artículos de opinión que se publicaban en diferentes diarios de circulación local y nacional expresaba su pensamiento y protesta ante las diferentes situaciones que se daban en la sociedad azuaya y ecuatoriana. Trabajó en el refuerzo intelectual y espiritual del clero azuayo a través del Seminario de Monay, mediante seminarios y cursos que luego se replicarían en la formación de laicos en toda la provincia. Creó la editorial Ediciones Cristianas del Azuay, EDICAY, regentada por la Arquidiócesis de Cuenca, que lleva consigo la publicación de obras importantes desde esta localidad, en temáticas diversas. También es preciso recalcar que el trabajo espiritual y físico con campesinos, obreros, mujeres y universitarios, quienes se convirtieron en integrantes de su proyecto liberador, formó parte de la vida pastoral de monseñor.
- Séptima, si bien monseñor no escribió ningún libro sobre ciencia política en el que se refiera al Estado, las leyes o políticas públicas, se refería al Estado y al Gobierno en sus editoriales y las entrevistas que concedía, y es del análisis de esas fuentes de donde se puede extraer y deducir sus

ideas sobre estas temáticas muy importantes en el funcionamiento de la sociedad.

Era un religioso convencido de que la democracia es la mejor opción para ejercer la administración en un país. Tenía afinidad política con la izquierda, aunque jamás militó, ni hizo proselitismo en algún partido político de esta línea. Por otra parte sostenía que es un deber de la Iglesia colaborar en la educación política de la sociedad, con la cual la población evitaría idolatrar y caer en fanatismo o sometimiento hacia cierto personaje político. Era enemigo de la corrupción y los privilegios de las élites por lo que incluso llegó a ser considerado como una amenaza política para los políticos de ese entonces. Asimismo se puede distinguir también en su pensamiento político su preocupación por la ecología, sosteniendo que el cuidado de la naturaleza es fundamental para la preservación de la vida y del planeta.

- Finalmente, monseñor Luna fue promotor del fortalecimiento de la dignidad humana, fue un hombre al que se le identificó con las causas sociales, en especial de quienes históricamente habían sido marginados y para los cuales buscó la reivindicación de sus derechos. Para tal finalidad la unidad y la organización fueron su estrategia clave. De esa manera promovía una sociedad más justa y solidaria. La entrega y amor que puso en el servicio a la comunidad son dignos de destacar, pues esto le permitió palpar la realidad del entorno del oprimido para responder con prontitud y eficacia a las problemáticas que atravesaban ciertos segmentos de la población. Su legado se resume en el modelo de acción pastoral que dejó en el Azuay: la Iglesia es más cercana a la realidad de sus fieles y la evangelización se desarrolla en un contexto de comunidad de la que todos están llamados a ser partícipes activos.

Recomendaciones



- En primer lugar, la Iglesia debe atender las necesidades de la población de manera urgente, efectiva y solidaria, conforme al amor de Dios. Sin embargo analizado lo que a diario ocurre en la vida cotidiana, se puede mencionar que los miembros de la Iglesia se preocupan más por la decoración de la infraestructura religiosa, celebraciones y bienes materiales que poco o nada tienen que ver con el objetivo de su misión. Prueba de esto es la extensa lista de festividades en Latinoamérica celebradas en honor a los patronos religiosos; que evidentemente son parte de la cultura, pero que, si se usaran los recursos que en estas se invierten para resolver problemas urgentes de la sociedad, podría hacerse más por quienes de verdad necesitan, con la misma organización y esmero.
- En segundo lugar, aunque según la educación para la ciudadanía los valores o sentimientos no se imponen, sino que estos son objeto de la decisión libre de cada uno, es necesario que se lleve a cabo una reestructuración en el ámbito formativo de la Iglesia, principalmente a través de la catequesis; para que sean evidentes los problemas sociales que existen en la región y de esta manera se cree consciencia sobre los mismos. En estos espacios se deberá capacitar en la promoción de los valores como la fraternidad, respeto, libertad, etc., para poder comprometerse con la aplicación de estos en la vida personal y comunitaria, evitando así que queden como simple propuesta escrita.
- En tercer lugar, la sociedad y la Iglesia deben trabajar juntas para dar solución a los problemas evidentes de Latinoamérica, buscando una actitud de empatía y solidaridad con respecto a los grupos vulnerables. De esta manera las personas entenderán de mejor manera las dificultades en las que vive este sector de la población, y se creará un vínculo con la comunidad para tomar acciones que permitan sacar a estos individuos de las situaciones de miseria.
- Por último, la Iglesia debe tener un papel de consolidar y mantener un punto medio entre la moralidad que se profesa, la cual se basa en el amor, la solidaridad y la justicia, y la realización de los mismos en el seno de la sociedad. Tiene que acoger y motivar a los marginados, para que quienes son afectados por la injusticia en la era actual, con el apoyo de la Iglesia,

la intervención del Estado y la solidaridad del resto de la sociedad sean los protagonistas de la consecución de la justicia social y mejoren su calidad de vida a nivel individual y colectivo.

Referencias

- Arroyo, M. (2009). *Estacionismo en el atropodeismo de la teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Aquino, F. (2012). *Teología de la liberación (tdl) principios, divergencias y desafíos*. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Boff, L. (1988). *Quienes son hoy los pobres*. Editorial Verbo Divino
- Cabrera, R. (2017). *Luna Tobar: Profeta de la esperanza*. EDICAY.
- Carballo, J. (2010). *Curso de Teología: Leonardo Boff*. Universidad de Cantabria.
- Castillo, J. (2017). *Un pastor con olor a oveja*. EDICAY.
- Chaouch, M. (2007). La teología de la liberación en América Latina: una relectura sociológica. *Revista Mexicana de Sociología*, 69(3), 427-456.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-2503200700000002
- Comisión de cardenales y obispos para el CCE, (1997). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Editoriales Paulinas.
- Cubells, V. (2011). *Gustavo Gutiérrez: Padre de la teología de la liberación*. Universidad de Valencia.
- Cuvi, J. (2017). *Monseñor Luna y su opción por los pobres*. EDICAY.
- Barragán, D. (2008). Iglesia, carisma y poder, Leonardo Boff. Ensayos de eclesiología militante. Servicio Ignaciano de Voluntariado.
http://amoxcalli.leon.uia.mx/Magis/Resenias_Eclesiologia/Iglesia_carisma_y_poder_Danilo_Barragan.pdf
- Gallegos, E. y Arrobo, N. (2007). El pensamiento de Leonidas Proaño. Centro de Investigaciones CIUDAD.
- González, I. (2017). *En la reconstrucción de Paute*. EDICAY.
- Liberti, L. (1995). *La pastoral de la comunicación social en torno a Medellín, Puebla y Santo Domingo (1966-1962): una visión teológica de la*



- búsqueda de un modelo y estilo pastoral para la comunicación solidaria e inculturada del Evangelio en la iglesia latinoamericana*. [Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica Argentina].
<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/544>
- Luna, A. (1987). *El humanismo cristiano*. Universidad del Azuay.
- Luna, A. (2001). *Universidad y Fe*. Universidad del Azuay.
- Matamoros, M. (2020). *El místico de la palabra*. Abya-Yala.
- Matrone, D. (2019). *Leonidas Proaño: un hombre sencillo y devoto a los pobres*. Artículo publicado en el sitio web *Revista Crisis*.
<https://www.revistacrisis.com/debate-memoria/leonidas-proano-un-hombre-sencillo-y-devoto-los-pobres>
- Neira, G. (2015). *Libertad, la teología de la liberación*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.
- Ochoa, M. (2018). *La Palabra de monseñor Luis Alberto Luna Tobar*. Universidad del Azuay.
- Pérez, M. (2017). *Luis Alberto Luna: hombre de Dios para servicio del pueblo*. EDICAY.
- Piedra, B. (2017). *Biografía de Luna Tobar*. EDICAY.
- Ponce, F. (2014). *El pensamiento político de inspiración católica*. Secretaría Nacional de Gestión de la Política.
- Pontificio Consejo “Justicia y Paz”. (2004). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Editoriales Paulinas.
- Prada, O. (2014). *Recopilación Conferencias del Episcopado Latinoamericano*. Editorial CELAM.
- Quijano, A. (2000). *Colonialidad de poder, eurocentrismo y América Latina*. CLACSO.
- Rodas, H. (2017). *Luna Tobar: Pastor de la Arquidiócesis de Cuenca*. EDICAY.
- Silva, S. (2009). La Teología de la Liberación. *Revista Teología y Vida*, L (1-2), 93–116. <https://www.redalyc.org/pdf/322/32214691008.pdf>
- Sociedad. (8 de febrero del 2017). El legado de monseñor Luis Alberto Luna Tobar. *El Telégrafo*.
<https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/sociedad/6/el-legado-de-monsenor-luis-alberto-luna-tobar>



- Tamayo, J. (1999). *Leonardo Boff: Ecología, mística y liberación*. Editorial Desclee De Brouwer S. A.
- Vera, C. (2 de septiembre del 2018). Legado de Leonidas Proaño: el “cura de los indios”, lucha por mantenerse vigente en Ecuador. *El Universo*. <https://www.eluniverso.com/noticias/2018/09/02/nota/6931583/legado-leonidas-proano-cura-indios-lucha-mantenerse-vigente-ecuador/>
- Villa, P. y Ortega, D. (2017). *Escuelas radiofónicas populares del Ecuador como medio de difusión del pensamiento de Monseñor Leonidas Proaño*. [Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Chimborazo]. <http://dspace.unach.edu.ec/handle/51000/4046>